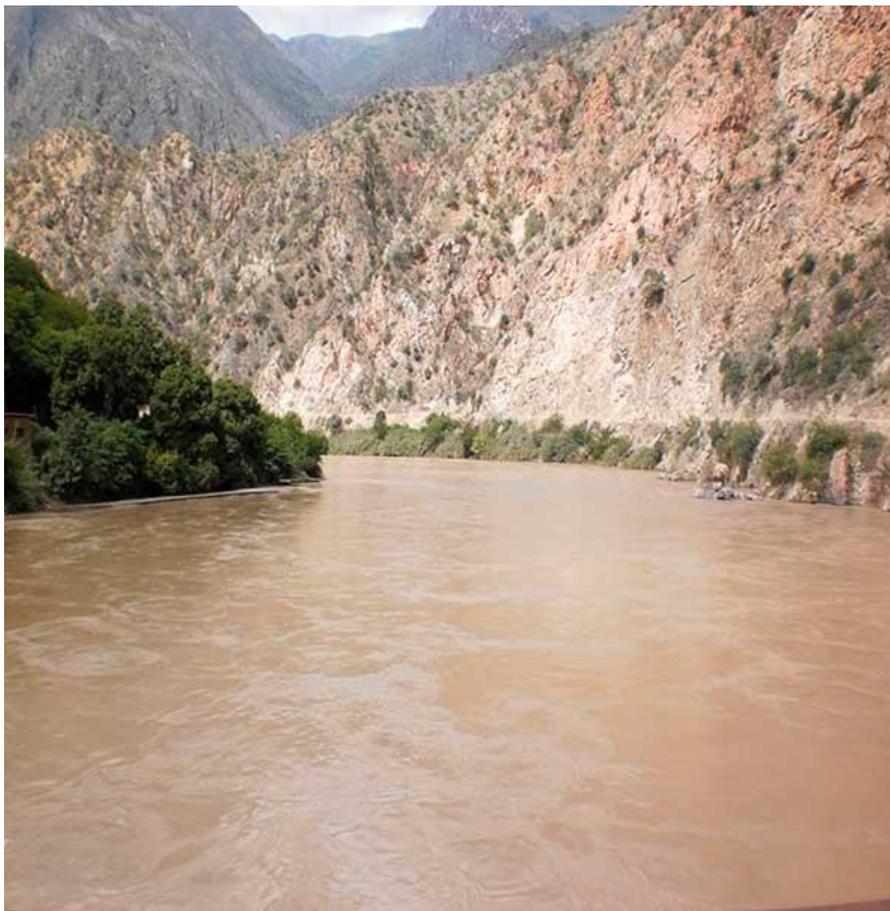


WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



¡Acacaucito!... MI MARAÑÓN y otros cuentos

Saludo de bienvenida

*Damos nuestra cordial bienvenida a
“¡Acacaucito!... mi marañón y otros
cuentos” del connotado escrito cajamarquino
Wilson Izquierdo Gonzáles.*

*Asimismo, agradecemos profundamente por esta
especial deferencia para incluirlo en nuestra
[Biblioteca Virtual "Cajamarca"](#).*

*Juan C. Paredes Azañero
Cajamarca, 01 de octubre de 2014*

Wilson Izquierdo González

¡Acacaucito!... mi Marañón
y otros cuentos



Lluvia Editores

Cajamarca, Perú.

© *¡Acacaucito!... mi Marañón y otros cuentos*

© Autor: Wilson Izquierdo González

Cajamarca, 2014

Email: wilizquierdogon@gmail.com

© Carátula: Fotografía: “Un río camino a su destino”

Rossana Izquierdo García



© Lluvia Editores, 2014

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: lluviaeditores@gmail.com

Qilqasqa Peru Ilaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2014.....

DEDICATORIA

Al amor
y a los amores que tuve
a lo largo de mi sosegada vida
de trabajador común y corriente

El autor.

SUMARIO

00.	Prólogo del autor	009
01.	¡Acacaucito!... mi Marañón	011
02.	La Pusanga	021
03.	Timoteo	031
04.	La venganza de la monja	039
05.	El brazalete negro	061
06.	A la prima se le arrima	075
07.	El bueno y el malo	093
08.	Sicario de nacimiento	103

PRÓLOGO DEL AUTOR

¡ACACAUSITO!... MI MARAÑÓN

—A ver Quintiliano ¿me podrías decir cuáles son los ríos más grandes del Perú? —le preguntó el profesor de 5º año de primaria de la escuela de El Limón, al más grande, colorado y mayor de sus alumnos, en esa época de nuestra historia en que las escuelas no eran “graduadas” sino que estaban divididas por años, aunque fuera en vano, porque sólo tenían un maestro—.

— Esa es pregunta y no también, querido maestro. Quien ya pué no va’saber que los ríos más grandotes del Perú son el Marañón, el Huallaga y el Ucayali, pero que a pesar de ser así de gigantones, cuando los tres se juntan dan origen a otro río más grande todavía: el Amazonas, que resulta ser ya pué, como el padre de toditos ellos, por ser el más largo y caudaloso del mundo —contestó Quintiliano como quien se reza un Ave María—.

—Y... todo esto que nos acabas de decir acerca de esos tres ríos, ¿lo dices porque los conoces o es sólo imaginación tuya Quintiliano? —volvió a preguntarle el maestro de la escuela—.

— Pa'que ya pué maestro voy a hacerme el toga'o y el mentecato. Yo sólo conozco a mi río Marañón. Pero si aquel es un tremendo riazó, me imagino que el que se forma de la junta de los tres, ha de ser ya pué, pucha... un río de tamaño gigantesco e inimaginable.

—Vaya que tú si tienes imaginación Quintiliano y todo lo que acabas de decir si no es completamente cierto por lo menos es verosímil, porque si uno llega a conocer al Marañón, al Huallaga y al Ucayali, los tres ríos que tú dices que dan origen al Amazonas, que sin sombra de duda es el río más grande del mundo, se tendría que concluir que los ríos que acabas de mencionar son los más grandes del Perú, porque... la verdad que son enormes.

— Pero, en los libros de Geografía —continuó explicando el profesor—, al río Huallaga sólo lo consideran como uno de los afluentes del Marañón. Además, el río Madre de Dios que da origen al Departamento de su mismo nombre, en la selva del Sur del Perú, también es un río gigantesco, tanto o más grande que el río Ucayali, que ya es decir bastante. Pero dime

Quintiliano ¿qué río de esos que has mencionado dijiste que tú conoces?

— Pobremente yo sólo conozco a mi río Marañón, pero con eso creo que es más que suficiente, maestro. Porque mi río Marañón es cholazo, al menos cuando está crecido de bote a bote, ¡Ay Diosito!, que Dios me libre de sus aguas, porque bravazas son pué. En las noches cuando está enojao, brama como puma por esas bajadas... y desde aquí, de El Limón se lo escucha clarito.

— Lo que dice su compañero Quintiliano acerca del río Marañón es muy cierto, queridos alumnos. Cuando el Marañón está crecido, sus aguas a veces llegan a pasar por encima del puente de Balzas, que todos los de El Limón conocemos. Pero que el Marañón rebalse hasta pasar por encima del puente de Balzas no es lo más importante, jovencitos. Lo más valioso de todo eso es que en cada crecida, por lo turbias que por allí son las aguas del Marañón, abona los suelos de sus riveras con un limo precioso que los hace altamente productivos.

—Maestro, cuando está crecido el Marañón, junto con la palizada bajan vacas, chanchos, quirquinchos, víboras y otros animales muertos, todos panzallas y boca arriba. Y... ¡rojito se vuelve todito el río! —aclaró por su parte Severiana, la otra de las alumnas de más edad y

mayor tamaño de la escuela de El Limón, ya que por ese tiempo, la mayoría de los alumnos terminaban su primaria bastante mayorcitos y muchas veces tan pronto hacían la promoción resultaban casándose entre ellos—.

Los padres de Severiana así como los de Quintiliano y algunos otros alumnos de esa escuela, eran de Celendín y tenían terrenos de cultivo en el temple, es decir a orillas del Marañón surcando el río desde Balzas. Preferían vivir en El Limón por tener un clima más saludable que aquel, donde el paludismo era pan de cada día. En El Limón en cambio, además de mejor clima disponían también de algunas tierras al secano donde cultivaban maíz, alverja, frijoles y papa; pero su fuerte estaba en el temple, donde producían papayas, paltas, mangos, limones, naranjas y cacao, entre otros productos, que transportaban de allí a Celendín en “cargas” y por arrieraje. Tanto el recorrido de “surcada” como el de “bajada” no lo hacían por el río en bote o canoa sino por un camino de herradura y en acémilas. Rara vez, de “bajada”, se aventuraban a traer sus productos en balsas de ceibo por el río, porque éste en todo ese tramo es demasiado peligroso por su gran torrencera.

—Así es mis queridos muchachos. El Marañón es un río bravazo y por demás correntoso por este sector de Balzas, pero pasando los pongos de Rentema y

Manseriche se vuelve navegable como cualquier otro río grande de la Selva —aclaró el maestro—.

—¿Y qué es un pongo, maestro? —preguntó Baltazar, que según decían era de El Utco y uno de los alumnos que recién había venido trasladado a la escuela de El Limón, por razones similares a los de los padres de Quintiliano—.

—Un pongo no es otra cosa que un abra gigantesca que el río logra hacer para pasar por una cadena montañosa que se interpone en su camino —contestó el maestro, para luego continuar explicando—. Es bueno que sepan que este río bravazo, que tenemos relativamente cerca de nuestra escuela y que no es otro que el río Marañón, se origina en unos nevados que hay cerca de un lugar llamado Raura, en la laguna de Santa Ana, en el departamento de Junín. De allí el naciente río discurre hasta la laguna de Lauricocha, de donde ya sale con el nombre de río Marañón. Siguiendo su recorrido de sur a norte, atraviesa los departamentos de Huánuco, La Libertad, Ancash y sirve de límite a los departamentos de Cajamarca y Amazonas. Por todos estos parajes discurre por grandes profundidades formando cañones impresionantes. Luego forma los fabulosos pongos de Rentena y Manseriche, desde donde pasa a denominarse Bajo Marañón. Penetra en la Selva, se une con el río Huallaga y otros ríos de su margen izquierda hasta que

confluye con el río Ucayali, cerca al poblado de Nauta, en Loreto, para dar origen al gigantesco río Amazonas.

Luego de que los alumnos hicieran un resumen que el maestro tuvo que escribir en la única pizarra negra de latón de la escuela, que el Ministerio de Educación de ese entonces entregara a las autoridades del lugar, junto con un Escudo Nacional también del mismo metal y un Pabellón bicolor, nuevecitos, al momento de crear la escuelita; todos, incluyendo al profesor salieron al recreo para “*mashaquear*” por lo menos un rato en el sol, que al medio día por esa zona es ardiente y quema como diablos, pero que a las diez de la mañana es muy agradable todavía.

La escuela de El Limón fue creada por Resolución Ministerial, igual que todas las escuelas de esa época en la provincia de Celendín, gracias a la influencia que por entonces tenía un ilustre sucreño: don Nazario Chávez Aliaga, sobre el Presidente de la República don Manuel Prado Ugarteche, durante su primer período de gobierno, debido a que llegó a ser nada menos que su secretario privado, por considerar que tal institución educativa era completamente necesaria por esa insondable bajada hacia los valles del temple que quedaban a orillas del Marañón. Desde esa época, y desde muy atrás, esa era la ruta que se seguía para ir desde el departamento de Cajamarca a las selvas de Rioja, Moyobamba, Tocache, Juanjui y Saposoa,

entre otros lugares; así como, para venir desde la Selva a la Costa. El centro poblado de Nueva Cajamarca que ahora amenaza a Rioja en población, no existía entonces.

Para lograr la proeza de hacer un viaje a la mágica selva, había que llegar primero a Celendín, de allí bajar hasta Balzas, para luego subir una ladera infinita hasta voltear el abra de Calla Calla y llegar a Leymebamba y Chachapoyas. Luego, había que pasar Pishgohuañuna y recién otra vez bajar a esa especie de tierra prometida que era la Selva. Los que hacían el trayecto inverso, por su parte, una vez que llegaban a Celendín, tenían que seguir viaje hasta Chilete, desde donde había un tren que unía las minas de Paredones con el puerto de Pacasmayo y San Pedro de Lloc. En aproximadamente dos horas y media, se hacía el tramo de Chilete hasta Pacasmayo en un vagón que caleteaba por todos los pueblitos del valle del Jequetepeque, y de allí, si se quería ir a Lima, había que hacerlo por el mar y en barco.

Tan pronto logró concluir su educación primaria en la escuela unidocente de El Limón, Quintiliano Chávez Aliaga contrajo matrimonio con Severiana Augusta Díaz Pereyra en Celendín, donde había párroco y donde por esa fecha vivían sus padres. Como los progenitores de ambos eran lo que se llama pudientes, decidieron que los recién casados tenían que ir a Lima, donde tendrían que abrir,

con su apoyo por supuesto, un negocio de venta de sombreros y donde, una vez instalados y prestigiados, tendrían que servir de nexo en las tareas de importación directa y sin intermediarios, de las máquinas “Singer” y los molinillos “Corona”, que habían abierto como negocio en Celendín los padres de los recién casados, por considerar que el importador intermediario de Lima “se comía” casi todas sus ganancias. Al padre de Quintiliano le iba muy bien con los cabezales de máquinas “Singer” y al padre de Severiana le iba casi igual vendiendo molinillos “Corona” que se utilizaban para moler el cacao tostado con el que se hacía desde entonces el famoso chocolate shilico.

En Celendín, por supuesto, el cacao no crece ni en invernadero, pero este pueblo es productor de chocolate, al igual que los suizos lo son en Europa. Los shilicos consiguen el cacao de las tierras de temple a orillas del Marañón o de las selvas de Rodríguez de Mendoza, Rioja y Moyobamba, en tanto los suizos lo importan del Perú, Ecuador, Colombia o Brasil, y de muchos otros países del mundo que poseen selva tropical como Ceylán, Indonesia, Vietnam y otros muchos más.

Así decididas las cosas Quintiliano y Severiana, cada uno con su arriero que se encargaría de traer de vuelta a Celendín a las acémilas en las que ellos tendrían que hacer el largo viaje, montados cada quien en una mula puesta a

su disposición y, con una escala obligada en Cajamarca y otra final en Chilete, donde tomarían el vagón que los llevaría a Pacasmayo, para de allí subirse a un barco e irse a Lima; emprendieron el éxodo a la gran ciudad.

Todo llegó a hacerse según lo planeado y sin contratiempos, pero en Pacasmayo el barco no saldría a Lima sino dentro de cinco días. Ante esta eventualidad, consiguieron hospedaje y lo primero que decidieron hacer fue irse a conocer el mar. ¿Cómo sería aquello? Para ambos el poderoso río Marañón era lo máximo que habían visto, en lo que a agua se refiere y siempre habían sentido por éste coloco una admiración desbordante.

El enorme espigón con su gran plataforma que semejaba en el puerto de Pacasmayo, nada más ni nada menos que a un gran puente que intenta cruzar el océano y que se ha quedado a medio construir, sin bien les llamó la atención, no lo hizo tanto como el mar, ni mucho menos les mereció comentario alguno, obnubilados como estaban frente a este “inmenso cielo de agua” que, en lugar de estar arriba, estaba allí abajo junto a ellos, bamboleándose...

Al contemplarlo con un poco más de detenimiento en toda su grandiosidad; al ver las olas que incansablemente se formaban “ahicito” no más y reventaban en espuma

blanca en las orillas pedregosas de esa parte de la playa frente a sus pies; pero, sobre todo, al ver que el azul de las aguas de más “allacito”, pareciera que no tiene fin y que se une con el cielo, muda de asombro, a lo único que atinó decirle Severiana a su Quintiliano, fue:

—¡Ahh burro aguada...! —frente a lo cual, Quintiliano al parecer más estupefacto todavía que ella, le contestó anonadado hasta la médula—:

—¡Acacausito... mi Marañón!

LA PUSANGA

Eran esos tiempos en los que si una mujer no quería por las buenas, el que estaba enamorado de ella se conseguía los servicios de una bruja con fama de *“finaza para hacer amarres”* y, al parecer... para aquellos calabaceados, con eso era más que suficiente, porque el asunto quedaba arreglado y... ¡a entera satisfacción del cliente!

Pero... como suele ocurrir en cualquier trato o negocio, a veces solía fallar el artificio, con lo que valía sentenciar como lo hacía mi suegra cuando vivía: *“como tú lo has buscado, abí lo tienes, entonces pues: ¡a comer tu pan de Cajabamba!”*, con lo que nos quería decir que cuando se busca uno mismo que nos contagien de sarna, lo mejor es rascarse con ganas. Obviamente, lo decía porque cuando vivió en Lima y estuvo casada con un guardia civil, no quiso acompañarlo a Cajabamba y éste, allí, se consiguió

otra mujer con la que la reemplazó para siempre, dejándole con una hija y con una mísera pensión.

Sin embargo, cuando todavía uno está todavía en las “conseguiditas”, que nos falle un hechizo de amor es casi una fatalidad. Pero, pasado el tiempo que todo lo sana y pasadas las aguas que todo lo limpian, aquellos inauditos avatares para conseguir la mujer de nuestra vida, resulta convirtiéndose sólo en una divertida anécdota.

Ese fue, precisamente, el caso de los entrañables amigos Alejandro Rubio Palacios —natural de Chachapoyas pero criado desde chiquito en La Ochora— y de Celestino Díaz Aliaga, descendiente de padres *shibilicos* pero, a diferencia de aquél, nacido en este pueblo y, de yapa, criado a las usanzas de allí. Al primero, no de mal nombre ni de apodo le llamaban “Alejo” y, al segundo, sólo “Tino”, debido a la inveterada costumbre de usar diminutivos, apóstrofes o apodos por parte de la gente del lugar.

Cuando Alejo y Tino se hicieron jóvenes —como es algo natural en cualquier varón—, resultaron perdidamente enamorados de las hermanas Ascencia y Zunilde Rodríguez Sandoval, a las que la gente del lugar por la costumbre que ya se dijo que tenían, les llamaban simplemente *Asbe* y *Zuni*.

Ascencia era la mayor de las dos hermanas y aunque sólo le llevara un año a la Zuni, ambas ya estaban *pa'cuchillo*, en

el buen decir de algunos; o, como zapotes a punto de caerse de maduros de la rama del frutal de ese mismo nombre, en el decir de otros.

Como en aquellos tiempos en La Ochora no había todavía colegio de educación secundaria, después de terminar su primaria en la escuela de varones el *Alejo* y el *Tino*, y en la escuela de mujeres, la *Asbe* y la *Zuni*; los primeros se dedicaron a ayudar a cultivar las chacras que sus padres tenían en *Cunchi Wasi*, surcando el río *Indoche* hasta un poco más abajo de Habana, en tanto las damitas, se dedicaron a tejer sombreros tipo *borsalino* de paja fina de bombonaje —que eran los más buscados y costosos—, en la tranquilidad de sus hogares y bajo la mirada vigilante de sus madres.

Según lo que la gente comentaba, los zamarros *Alejo* y *Tino* desde que estudiaban en la primaria les habían echado el ojo a las hermanitas *Asbe* y *Zuni* después que, de pura casualidad, llegaron a aguaitarles las partes más escondidas de su cuerpo, cuando orinaban debajo de una enorme guayaba que en esos tiempos había camino al *Chorro*, desde donde la gente de la parte Este de La Ochora recogía su agua para tomar y cocinar sus alimentos.

La feliz casualidad se dio cuando cansados de perseguir *pichibuichis* desde las seis de la mañana, los mismos que pensaban vender a una parturienta que no tenía leche para

amamantar a su recién nacido, se sentaron al otro lado de la guayaba aquella, pero cubiertos por guayabas más pequeñas que dicho árbol mayor tenía en calidad de brinzales, a descansar tranquilamente de sus correrías. En eso estaban... cuando oyeron:

—Oye *Zuni*, voy a bajar el cántaro de mi cabeza aquí en esta parte del camino porque ya no aguanto las ganas de mear. Acuérdate que la mamá nos levantó de la cama de improviso para que le hagamos este mandado, y no nos dejó ni siquiera orinar porque no había ni gota de agua para el desayuno —le dijo la *Ashe* a su hermana *Zuni*—.

—Ni creas que yo te voy a esperar con el cántaro de agua sobre mi *humallina*. Estoy igualita que tú, también con ganas de orinar desde que hemos salido de la casa. Así que vamos, “*das das a orinachir*” debajo de esa guayaba grande que está allí hermanita —le contestó *Zuni* a su hermana, señalando el árbol de guayaba que había cerca del camino, sin imaginarse que más allacito no más, se encontraban *Alejo* y *Tino* bien camuflados entre los arbolitos del guayabal que había crecido de su cuenta y de modo natural, alrededor de la gran guayaba madre—.

Ante tan inusitado espectáculo que se les iba a presentar gratis y sin haberlo solicitado, *Alejo* y *Tino* se escondieron lo mejor que pudieron y se quedaron en profundo silencio. Sin embargo, casi rompen en una colosal risotada

cuando la *Zuni* le pidió auxilio a su hermana mayor para que le ayude a desatar el guato de su calzón:

— ¡Ay *Ashe*!, creo que ya me voy a mear aquí parada no más, no puedo desatar el guato de mi calzón. No sé cómo, pero el condenado guato se ha anudado feazo y no puedo desatarlo por más esfuerzos que hago —le dijo *Zuni* a su hermana *Ashe*, haciendo esos ademanes de juntar sus piernas levantando una, típico en las mujeres cuando tienen muchas ganas de orinar—.

— Pa'que ya pué lo anudaste de esa laya so grajienta de muchacha. Pero... espérate un *tipishito* y yo lo voy a desatar como sea, de nó, lo arranco aunque sea con mis muelas —le contestó *Ashe* sin dejar de orinar a chorro abierto y haciéndolo sonar *kuish, kuishh, kuisshhh*—.

— Claro pué, como tú ya estás que meas ricazo yo estoy aquí todavía rejudida. Apúrate y acaba ya pué de orinar, porque de oír el ruidito que haces al mear a mí ya se me sale gota a gota aunque lo frunza.

— Ya voy, ya voy... no te desesperes. Si ya has aguantado desde hace ratos, qué más da que aguantes un ratito más...

El caso fue que la *Ashe* tuvo que desamarrar el guato con sus muelas, lo cual logró no sin grandes esfuerzos.

Mientras tanto el *Alejo* y el *Tino* se habían quedado como estatuas sin hacer ningún movimiento que los delatara, lo cual, para su suerte, no pasó. Pero mientras ocurría la desatada del guato del calzón de *Zuni*, los condenados observadores se dieron gusto mirando a lo franco, todo lo que se les puso enfrente. Seguro que, desde hace algún tiempo ya se sintieron atraídos por ellas; pero; de verlas en paños menores y... en aquellas circunstancias, bastó para que resultaran perdidamente enamorados de ellas.

Para que no existan problemas de cruces y todas esas macanas que suelen surgir de la nada en esta clase de lides, después de una rifa con la ayuda de una peseta blanca que simulaba ser de plata y que por esos tiempos se usaba, *Alejo* “se quedó” con la *Ashe* y *Tino* con la *Zuni*. Todo habría salido muy bien, si es que al *locricio* del *Alejo* no se le ocurre mencionar el episodio de la meada debajo de la guayaba de camino al *Chorro*, en una de sus conversaciones con ellas.

Muertas de vergüenza no quisieron tener más amistad con los dos y cualquier intento de acercamiento de alguno de ellos era rechazado por ambas. Sin embargo, *Zuni* en algún momento decidió reiniciar su amistad con *Tino*, pero *Ashe* no quería saber nada con *Alejo* y; eso, parecía que iba a durar eternamente porque pasaron los años y... nada de nada. *Tino* el más suertudo de los dos ya había logrado que la *Zuni* le aceptara como enamorado, pero *Ashe* seguía en

sus trece: no quería ver ni en pintura al pobre *Alejo* que por cada día que pasaba se moría un poco por la falta de amor de su adorada *Asbe*.

El padre de las dos chicas llegó a tener conocimiento de la relación de su hija *Zuni* con el joven *Tino*, lo cual le pareció una idea completamente aceptable, por tratarse de un jovencito respetuoso y trabajador, del mismo modo que se enteró que *Alejo* pretendía a su hija *Asbe*, aunque sin ningún resultado positivo, lo cual lamentaba sinceramente por tratarse también de un jovencito de buena familia, además de honrado, respetuoso y trabajador, obviamente por no conocer el origen de la aversión de su hija hacia el muchacho, pero se abstuvo de hablar con ambas para que sean ellas justamente, las que decidan su propio destino.

En cosas de amores, decía don Ushico (Ulises), cada quien debe matarse con su propio cuchillo... Para completar el entuerto, como La Ochora era un pueblo pequeño donde todo se sabe, casi toda la gente estaba enterada de que la *Asbe* no quería nada con el pobre *Alejo*. No faltó por allí alguien con experiencia en estas cosas de amores que le aconsejó de la siguiente manera:

—Mire cumpa *Alejo* —le dijo muy formal— acá todo el pueblo ya está enterado que usted anda mal de amores porque la *Asbe* no quiere nada con usted. Pero eso se arregla facilito. Vaya donde doña *Mishi Rashpa* para que le

prepare una *pusanguita*, ella ya sabe con qué, y le da de tomar a la condenada de la *Asbe*.

—Esa parte es lo que va a resultar difícil de hacer pué cumpa *Calicho* —el amigo aquel se llamaba Calixto—. La condenada no quiere nada conmigo, “onde” ya pué diciendo me va a recibir algo de tomar, a mí, justamente... creo que, compadrito *Calicho*, como están las cosas, ahí no más queda, pero; gracias por el consejito.

— Toda cosa tiene su remedito cumpita *Alejo*. Como la *Zuni* anda bien con el *Toni* y el *Toni* es uña y mugre con usted, por allí tiene que ser la cosa. Pídanle a la *Zuni* que les dé una ayudita para que la *Asbe* tome una *pusanguita* pué cumpa, nada más fácil que eso...

— A ver... a ver, tal como lo dices parece fácilito cumpa *Calicho*, sin embargo, voy a ver cómo me sale el asuntito éste —le contestó *Alejo* a su amigo Calixto, más por librarse de esa conversación una tanto embarazosa para él—. Además... —continuó muy serio y convencido de lo que decía— eso del achuni ullu que es para enderezar el mazo cuando se vuelve como ango ñucño y que es para hombres, y de la pluma de la cola de la tamrilla para pusanguear a las mujeres, no creo que existan más pótimas ni remedios para esos menesteres. Y si es de la tamrilla, cuando ya pué a que pueda cazar una avecilla de esas, doña *Mishi Rashpa*, con lo vieja que está...

—Ese es problema de doña *Mishi Rashpa*, cumpa —le contestó cortante su amigo Calicho, luego continuó—: la *Zuni* lo estima a usted cumpita y lo estima de verdad, ella misma me lo ha dicho. No creo que se haga la chancha para hacerle este favor especial. Además, hasta don *Ushico* Rodríguez, el padre de la *Asbe* y de la *Zuni*, podría echarle a usted por allí una colaboradita, no faltaba más, “*ende*” que si por él fuera... ahí no más le haría casar a usted con la resbalosilla de su hija.

Y se preparó la conspiración de amor. *Alejo* se consiguió donde doña *Mishi Rashpa* —la bruja oficial de La Ochora— la *pusanga* y la *Zuni*, después de pensarlo un poco, decidió que lo más seguro sería que su mismo padre fuera el que le invitara la pócima de amor a su hija *Asbe*, toda vez que el casorio de ella con el *Alejo* le parecía a él una buena idea desde la cabeza hasta los pies.

Ese domingo, la *Zuni* acompañada del *Toni* se aparecieron por su casa con una botella de gaseosa de color fresa a medio terminar, envasada en una botella de cerveza fabricada de vidrio verde, típico de las gaseosas “Aguilar” de Moyobamba y se la entregaron a don *Ushico*, quien, según lo convenido, se encargaría de hacerle tomar tal preparado a su hija *Asbe*. Pero, como nada era secreto en La Ochora, alguien le había advertido a la *Asbe* lo que estaban tramando el *Toni* y el *Alejo* con la complicidad de la *Zuni* y hasta de su padre.

Cuando don *Ushico* se acercó llevándole la bebida gaseosa de color y sabor de fresa en un vaso a la *Ashe*, quien se encontraba sudando a chorros porque previamente su padre le había mandado a pilar media arroba de arroz en el pilón de la cocina, advertida como estaba, no le quiso recibir la bebida a pesar de que la sed la estaba matando, y antes por el contrario le exigió a su padre que él se la tomara, diciéndole que “de la toma nace el agua”.

Cómo don *Ushico* no era “creenciero” y más que todo, en la fiel seguridad de que a él, por ser hombre, no le haría ningún efecto el preparadito aquel, se bebió todo el menjunje de una sola tanda porque también andaba con el tongoro más seco que suela de zapatero.

Pensando que eso tenía remedio si conseguía una nueva ración de donde la *Zuni* y el *Toni*, que estaban tomando una gaseosa parecida en la tienda de doña Valdramina, fue para allí diciéndole a su hija:

—A ver hijita, como me lo tomado todito lo que te iba a invitar, voy a conseguirte otro poco de gaseosa de la tienda de la Valdramina. Ahorita vuelvo...

En la tienda no hubo más remedio que comprar una nueva gaseosa normal y del mismo color pero sin la *puzanga*, porque por más esfuerzos que hicieron no hubo forma de donde conseguirla, porque doña Mischo Rashpa se había ido de viaja a Tabalosos a hacer un trabajito...

Desde aquel día don *Ushico* resultó locamente enamorado del que iba ser su yerno: *Alejo*. No había momento en que se encontraran y no tratara de demostrarle ese inmenso amor que por él sentía. Ante tan inusual resultado, *Alejo* tuvo que ir a Moyobamba lo más pronto que pudo, a sacar un pasaje en la agencia del señor Cobos y, en un avión bimotor de la Faucett se largó hasta Lima para nunca más volver...

Ya encaramado en un asiento del avión, al pasar por el majestuoso Morro de La Ochora y ver al pueblo donde se quedaba su *Ashe*, a la que consideraba ya un caso perdido se dijo para sus adentros:

—Que viejo tan cojudo resultó ser este don *Ushico*, ¿Cómo no me va a querer si él, a sabiendas de que la gaseosa tenía la *puzanga* que era para su hija, se la tomó todita?...

TIMOTEO

Después de haber sido en la televisión capitalina uno de sus más grandes exponentes en programas de entretenimiento para niños, Timoteo no tenía lo que se llama: “nada qué hacer”. Hacía tiempo que se le habían acabado por completo los ahorros que pudo lograr juntar en sus épocas de apogeo y ahora vivía prácticamente de la caridad de sus hijos a los que, con suerte, les costeó una profesión que les permitiera vivir sino con largueza, por lo

menos decentemente. Pero; claro, estaba sujeto a la decisión de ellos en lo de la propina, que solían alcanzarle discretamente sin que se enterara la gente, lo cual era bueno para su orgullo, pero que le significaba “comerse las uñas” cuando aquello no ocurría.

Su disfraz de “Timoteo” estaba todavía bien guardado en uno de los cuartos vacíos de su casa y cada vez que se detenía a mirarlo, lo más se le escapaban algunas lágrimas de sus ojos ya marchitos por la edad y la pena de haber perdido a su mujer de toda la vida, que falleciera de un cáncer al estómago que se la llevó al otro lado más rápido que inmediatamente.

A esa pena se sumaba la de tener que vivir sólo, porque cada uno de sus tres hijos se casó y se fue a vivir en forma independiente y lejos de su tutela, en alguna casa arrendada, según le decían, hasta lograr comprarse la suya. Por más que les ofreció un pedazo de la casa donde ellos habían crecido, para que vivan allí ahorrándose el tener que pagar una merced conductiva mensual que les sirviera para juntar poco a poco para su casa propia, nadie le aceptó el ofrecimiento y... tuvo que quedarse más solo que una laucha.

Uno de esos días en los que, después de leer las cosas importantes que traía el diario —cuando ya no hay que

leer se comienza a descifrar los demás adefesios—, cautivó su interés un aviso en el cual se solicitaba una persona para animar una serie de fiestas infantiles en Cajamarca, con las que la Minera Yanacocha iba a agasajar a los hijos de sus trabajadores con motivo de la celebración de la semana del niño. Le admiró un poco, pero no lo suficiente, que para esas cosas la convocatoria se hiciera en Lima. ¿Por qué no en Cajamarca? —Pensó, para sus adentros—. Sería mucho más fácil y, a la larga, eso redundaría en una buena imagen institucional. Las personas que resultaran favorecidas con contratos como éste, serían las que, a la larga, la defenderían en caso de que llegaran a tener situaciones de conflicto en su contra —le pareció que se dijo casi en voz alta—.

Sin embargo, ahora eso le favorecía a él. Tendría por lo menos la oportunidad de tentar ganar la contratación, así que, sin mediar más tiempo, envió por email su currículum de vida a la dirección electrónica que allí se indicaba. Grande fue su sorpresa cuando después de una semana recibió una llamada por la cual le avisaban que había resultado seleccionado y que debía viajar casi de inmediato a la ciudad de Cajamarca, en donde tendría que desempeñar el trabajo para el cual le contratarían. Sacó sus cuentas, y todo le resultó ampliamente favorable. Claro, de no ganar nada, a la posibilidad de recibir una buena suma que, según como él vivía, le iba a alcanzar para cubrir sus

gastos por un buen tiempesito, la noticia, se dijo, le caía de perlas.

Fue así como resultó llegando a la “Tierra del Cumbe”. Traía en su pequeña maleta además de un poco de ilusiones, otro tanto, de la ropa que consideró indispensable para la ocasión, pero en una caja especial venía su disfraz de Timoteo. Ni bien llegó, luego de lograr un alojamiento discreto en Baños del Inca, para tener la facilidad de ir a diario a bañarse en las aguas termales, que le dijeron en Lima que curarían sus dolores artríticos y los que le aquejaban por ser propios de su edad, fue a ponerse en contacto con los empleados de la Minera encargados de la actividad que venía a ejecutar. No le fue muy difícil, porque todo eso había que hacerlo en la ciudad de Cajamarca, en un local céntrico. Allí le pusieron al tanto de los pormenores y detalles de su participación y... asunto arreglado. Al final de todo, obtuvo lo que vino a buscar y se fue a su Lima, que ya había comenzado a extrañar.

Cuando llegó a su casa en Pueblo Libre, muchos de sus vecinos se acercaron para darle la bienvenida de nuevo a su casa, su vecindario, su ciudad... pero, especialmente para chismear un poco. Así es como, muy pronto estuvo contestando una gran variedad de preguntas sobre el clima, sobre las bondades medicinales de las aguas

termales de Los Baños del Inca, sobre lo caro que decían que se había puesto la vida en Cajamarca después de la llegada de la Minera Yanacocha y, sobre otras muchas cosas, entre las cuales, cuando no, se encontraba la consabida:

— Oiga vecinito y... Conga... ¿va o no va? —Qué se le iba a hacer, había que dar alguna respuesta acerca de aquello tan espinoso—.

—Conga tendrá que ser. Yo creo que eso ocurrirá tarde o temprano. Según lo que he podido auscultar en la población, es un proyecto que pareciera que, por no ejecutarse hasta este momento, estaría retrasando un poco el desarrollo de Cajamarca. Eso es lo que dicen por lo menos los que están siendo beneficiados directa o indirectamente por la Minería, pero también hay de los otros que creen que antes que el oro está su derecho a la vida. Consideran que el agua es vida para ellos. Sin embargo, en algún momento se dará una transacción que logre conciliar algo tan necesario como el crecimiento económico de la región, con el cuidado de un recurso tan vital como el agua o el aire.

—Pero, y... ¿en Cajamarca usted tomaba el agua que dicen que está contaminada por las actividades mineras?

—Cuando llegué, me pareció de lo más normal tomar el agua del caño, que además tiene un sabor muy agradable y está siempre fría, pero dejé de hacerlo porque los paisanos de Lima que vivían allá, especialmente las esposas de ellos, me pusieron el alto. Me dijeron que era muy peligroso hacerlo y para corroborar lo que afirmaban, me obsequiaron unas cuantas botellitas de agua “San Luis” y “San Mateo”, que decían que su pureza estaba garantizada porque venía desde Lima donde, según ellas, no existía contaminación del agua.

Pero todo eso de tomar sólo agua de las botellas que vienen envasadas desde Lima, ya lo había visto en las diferentes actuaciones que tuvo durante la celebración de la Semana del Niño. Las encargadas de conducir y administrar los pormenores de las fiestas era gente de Lima, mis paisanas y, a ellas, jamás las vi tomando agua que no sea de Lima y que no esté embotellada. Pero también algunas de las trabajadoras que eran originarias de Cajamarca, tomaban agua embotellada, me imagino que para no quedar mal con sus jefas que sí lo hacían.

— Guauuuu... ¿Así está entonces la cosa? ¿Acaso el agua es sucia?

—Especialmente por las mañanas y, a veces, a cualquier hora del día, el agua que sale de los caños parece que tuviera no menos de un cincuenta por ciento de leche,

cae blanca y ligeramente turbia. Algunos dicen que es por el cloro que le adicionan para purificarla en tanto otros dicen que es por la cal viva que le adicional al agua para bajarle el grado de acidez. Además, por las mañanas, aparece pegada a la superficie de los wáteres una sustancia verdosa que da que hacer y, la verdad, asusta un poco.

—Y... las autoridades responsables del suministro de agua ¿qué dicen al respecto?

—Dicen que el agua no tiene sustancias dañinas para la salud, que su color turbio de algunos días se debe a que las fuentes de agua que alimentan los reservorios arrastran detritus especialmente de manganeso, de las jalcas de arriba que por la lluvia se erosionan y van a parar hasta allí, pero que en eso nada tiene que ver la actividad minera, porque siempre fue así y, que antes, aquello era más notorio, pero que la gente no se fijaba en eso porque no había Mina a quien echarle la culpa.

—Pero... si es así de simple ¿por qué tanto temor de la gente que no es de allí con respecto a tomar el agua?

—Si sabe todo lo que le he dicho y sobre eso, ve con sus propios ojos que la gente de afuera no toma el agua y encima se entera que hasta se bañan con agua embotellada que hacen traer de Lima ¿no creen ustedes que también tomarían algunas precauciones?

—Me parece que sí lo haría. O sea que... ¿el problema no es tan sencillo y tal como parece, no se reduce sólo al hecho de que un grupo de anti mineros se oponga a la minería?

—Mire vecinita, cuando yo llegué a Cajamarca, como es natural, tomaba el agua del caño cada vez que tenía sed. Pero después ya no lo volví a hacer. ¿Quién me garantizaba que no pueda contraer alguna forma de envenenamiento si seguía tomándola? Porque se da el caso que toda la gente que no es de Cajamarca, sólo toma agua embotellada y en el colmo... ¡hasta se baña con ella! Eso es lo que cuentan por lo menos las empleadas domésticas cajamarquinas que trabajan en las casas de estos señores. Claro, pueden darse esos lujos porque los puestos de mejores remuneraciones son de ellos, porque con esos sueldos vienen contratados desde Lima.

—Ay mi madre, habrá que esperar no más entonces. Tengo un hijo que acaba de terminar su carrera de Arquitectura y Urbanismo y él está pensando que allá en la Minera Yanacocha va a conseguir un buen trabajo, sí o sí...

—Uyyy vecinita, le deseo la mejor suerte del mundo. Pero a los profesionales y no profesionales que sin la mina

no llegarían a saber jamás para qué sirven, allá en Cajamarca les dicen “lapiceros”...

—¿Lapiceros? ¡Fuchi! ¿Y por qué les dicen así vecinito?

—Porque cuando se les acaba la Mina ya no sirven para nada pues vecina... ¿Por qué pues más va a ser?

LA VENGANZA DE LA MONJA

Ésta no era una de esas monjas de cabeza rapada que escondían esa forma de mutilación de su cabello, dentro de esa especie de sombrero con alerones, que antes solían utilizar las religiosas de casi todas las congregaciones, como complemento de su “hábito”, que no era otra cosa

que el “uniforme” elegido por su comunidad religiosa para diferenciarse de las demás, y que consistía por lo general, de una túnica de colores muy oscuros o de diferentes tonos de claros, con uno o más tableros rectos desde los hombros hasta los pies, además de unas mangas tan amplias que fueran capaces de esconder no sólo las manos, sino también hasta los misales, los rosarios, los malos pensamientos o cualquier otra cosa que no quisieran que fuera visto por la gente.

Para asegurar de alguna manera en su cuerpo toda esa ropa sin entallar, la mayoría de monjas usaba un grueso cordón blanco o de cualquier otro color de hilo que haga juego o que contraste con la túnica, que trenzaban primorosamente cuando la vocación se servir al prójimo era muy fuerte en ellas, o que parecía que torcían como si se tratara del pescuezo de la Madre Superiora o de sus Regentas, que siempre paraban espíándolas para evitar que ni por casualidad se fueran por el mal camino. El famoso cordel que ellas usaban igual a como usan el cinturón los varones hasta la fecha, tenía que estar adornado de grandes nudos que, al parecer no tenían ningún significado especial, salvo el de hacerles recordar que los pecados podían convertirse en nudos que había que cargar toda la vida, sino se arrepentían adecuadamente y decidían hacer voto de enmienda para no volverlos a cometer otra vez, como ocurre con la gente común.

La monja de esta historia no usaba atuendos tan antiguos como los descritos, aunque muy bien los debió de conocer, por haberlos utilizado en su juventud, cuando fuera religiosa dominica convicta y confesa. En el tiempo en que ocurrieron los hechos motivo de esta narración, llevaba el cabello ligeramente corto peinado a lo poeta, aunque sin exagerar lo suficiente como para parecerse al modelo de corte de pelo utilizado por la mayoría de los hombres. Sobre eso, su bien acabada ropa estilo sastre, el hecho de tener el cabello cano tan brillante como la plata y la tez muy blanca, además de usar anteojos con armazón de carey negro, provisto de un par de lunas de vidrio visiblemente gruesas que nunca se quitaba, más las arrugas de su rostro, propias de las personas que han traspasado los sesenta años, denotaban sin lugar a dudas una vasta experiencia en la “vida retirada del mundanal ruido” e imponían el respeto de los demás aún sin proponérselo, aunque en la práctica, a pesar de su pomposo título de doctora en educación, apareciera como ingenua e ignorante de los aspectos más elementales de la teoría conductista del aprendizaje, que por entonces se hallaba en boga en los sistemas educativos de todo el mundo.

Todos los que éramos sus compañeros de trabajo, allá en la Dirección General de Colegios de la Fuerza Aérea del Perú, la tratábamos simplemente como “doctora”, olvidándonos sin tener la intención, del hecho de que

fuera monja, o ex monja cuando ella misma hacía la aclaración, las veces en que algunas trabajadoras de los Colegios FAP se dirigían a ella con el tratamiento de “madre”, que era de suponer que no le agradaba mucho, ya que, cuando le decían solamente “hermana” ella no se tomaba la molestia de aclarar nada. Por su parte, el “Director General” de aquella institución en la que trabajábamos, era un cura de origen italiano, alto y blanco, de ojos claros y sin ningún pelo en la mollera pelada, al que nunca vimos de otra forma que no fuera cubierto de pies a cabeza, con el terno azul marino del uniforme, que consistía de camisa blanca, corbata azul del color del terno y zapatos de corofán, que se podía adquirir a crédito en el Bazar de la FAP y que no requerían de betún para estar siempre brillando.

Al igual que la monja que era nuestra compañera de trabajo en la Oficina de Asesoramiento Académico, este cura director tampoco permitía que le dijeran “padre” ni mucho menos “reverendo” al dirigirse a él, ya que cuando ello ocurría, no se demoraba ni un segundo en recomendar que le trataran solamente de “doctor”. Nunca llegamos a saber si era doctor en teología o en educación, por boca de él ni de nadie, situación que sí nos aclaró la monja al precisar que era doctora en educación, grado académico que obtuvo en los tiempos en que los profesionales de la educación se “doctoraban” sin el

requisito previo de haber obtenido la maestría, como está establecido en la actualidad.

Junto con la monja —que ostentaba el afrancesado nombre de María Antonieta—, trabajaban en la Oficina de Asesoramiento Académico de la Dirección General de Colegios de la FAP, tres docentes más y un psicólogo. Este último se llamaba Guillermo y además de tener origen italiano y ser chalaco de nacimiento, había estudiado su profesión de “medio loquero”, en la universidad aprista “Federico Villarreal” de Lima. Los otros tres profesionales de la educación, tenían diferentes especializaciones en pedagogía.

El que de modo espontáneo fungía como el coordinador de todos, Luis Oswaldo, como docente era egresado de la Escuela Normal Superior de Chupaca y tenía un post grado en ciencias de la educación, realizado en la Universidad Estatal M. V. Lomonósov de Moscú, en la época en que la extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ofertaba becas integrales a estudiantes de Latinoamérica. Tenía además, una especialización en Administración Educativa, llevada a cabo en el V Curso Multinacional de Administración de la Educación, que el Ministerio del ramo realizaba a través del INIDE, en convenio con la OEA y la Universidad de Lima. En contrapartida con su gran formación profesional y la

inteligencia superior que poseía, era un hombre de pequeña estatura que por costumbre usaba tacones especiales en sus zapatos para disimular un poco este detalle, que nunca terminaba de pasar desapercibido por completo, lo que originaba que a veces le trataran como “El Chato Lucho”, cosa que él aceptaba como algo natural y de buen agrado.

El otro profesional docente —Percy Pompeyo, mezcla de nombre gringo con nombre romano— era egresado de la Universidad de Educación “Enrique Guzmán y Valle” de la Cantuta y tenía, en forma similar a la monja, estudios concluidos de doctorado en educación. El cuarto de los docentes —Wilson Alfredo, también mezcla de nombre gringo con nombre hispano— llevó a cabo sus estudios profesionales de educación en la Escuela Normal Superior de Cajamarca, y al igual que los demás, tenía estudios de especialización en tecnología educativa, planificación regional y supervisión, además de un post grado en Planificación de la Educación. Todos ellos sin excepción, a decir de los profesores de los Colegios FAP, eran unos verdaderos “cerebritos”, incluyendo a la monja, que en asuntos de teología, era toda una autoridad, aunque desconociera casi por completo las aplicaciones que a esa fecha ya tenían las teorías conductistas del aprendizaje de B. F. Skinner y que estaban en boga y hacían furor en países como Estados Unidos, Perú y Colombia.

A comienzo de uno de esos años, el director general de los Colegios FAP doctor Alberto Lanatta, ha pedido expreso de los padres de familia del Colegio “Abelardo Quiñónez” de Lima —exclusivo para hijos de oficiales— tenía que dar inicio ya, a la ejecución de un proyecto de educación en valores. Nadie hasta esa fecha en el Perú, había realizado una experiencia similar. Para implementarlo —listo como era aquel descendiente de italianos y ex capellán de la FAP, pero sobre todo, teniendo a disposición los recursos financieros necesarios—, no tuvo mejor idea que conformar un equipo de docentes de experiencia y alta especialización, para llevarlo a cabo. Con tal fin, cada año convocaba a concurso público plazas docentes vacantes en los ocho Colegios FAP que había en el país, y de entre aquellos postulantes, seleccionaba a los que, por su currículum y experiencia, necesitaba para iniciar su proyecto educativo. Así es cómo, el psicólogo y los tres docentes, resultaron formando parte de su “Equipo de Asesoramiento Académico” —la monja no sabíamos cómo había sido seleccionada— para llevar a cabo la investigación respectiva y la capacitación de más de cuatrocientos profesores que había en los ocho Colegios FAP.

Sin embargo, ejecutar un “proyecto de educación en valores” en ese momento, no era una tarea fácil. El país en

su conjunto, estaba embarcado en el desarrollo de una “reforma educativa” en base a objetivos conductuales de aprendizaje, al puro estilo “tallahasense” de Norte América, sobre la base de las teorías conductistas de Burrhus Frederick Skinner, Robert Gagné y Benjamín Bloom, entre otros. Los alumnos FAP no tenían que caminar al margen de todo eso, por lo tanto, ese tendría que ser el componente cognoscitivo del “Proyecto”, al que tendría que adicionarse en igualdad de condiciones evaluativas, la parte formativa de la educación en valores, como el componente afectivo del mismo.

Por lo tanto, la nota vigesimal por bimestres y la de fin de año, tendría que ser el resultado de promediar el rendimiento académico de los alumnos en el área de conocimientos y el de los niveles de progreso que irían obteniendo éstos, en el proceso de internalización de los valores de la “Axiología FAP”, que era el componente principal del “Proyecto”, con un coeficiente equivalente al que acostumbraban dar los docentes a la nota de conocimientos obtenida en un examen. Esa parte fue sin duda, la que más difícilmente quisieron aceptar los profesores, al suponer que calificando con el mismo peso a la “conducta” —que era la forma cómo identificaban ellos al aprendizaje de valores mediante la práctica de actitudes— “todos los alumnos iban a aprobar” sin mayor esfuerzo, lo cual traería por tierra la calidad y el nivel de

exigencia académica ganado por ellos, en muchos años de haber estado trabajando teniendo como prioridad el sacrosanto y bien habido aprendizaje de conocimientos.

El “famoso” proyecto tenía que ser aceptado entonces, primero por los padres de familia, que eran nada menos que los oficiales FAP y todo el personal subalterno, constituido por técnicos o suboficiales, para luego ser aceptado también por los docentes que lo tendrían que ejecutar. Con ese efecto, el profesor Luis Oswaldo, el “cerebrito más cerebritito” del Equipo de Asesoramiento Académico del Director General de los Colegios FAP, fue conminado por éste para preparar una exposición del “Proyecto” ante ellos.

Como haciendo de “coordinador” no había nadie mejor que él, comenzó por leer la papeleta ante el resto del equipo, después de lo cual, cada quien debía asumir la parte que le correspondiera. Después de analizar fríamente la situación, la primera presentación se realizaría ante los oficiales del COLQUI —así se acostumbraba nombrar al Colegio Abelardo Quiñónez”— con cuyo efecto Wilson Alfredo haría la parte del diagnóstico, Luis Oswaldo la parte de la propuesta, y la monja María Antonieta la parte de los valores de la axiología FAP.

— Ya saben ustedes mis respetados asesores académicos que, especialmente, a los oficiales FAP, se les

tiene que presentar las cosas con mucha claridad y, sobre todo, en forma bien concreta y concisa. Los discursos y charlas con abuso de verborrea no van con ellos. Preparen la exposición. Confío en ustedes —arengó el ex capellán FAP a su equipo de asesores académicos—.

— No se preocupe señor Director. Vamos a preparar una exposición del “Proyecto” completamente satisfactoria. Gracias por la confianza que deposita en nosotros —le contestó respetuosamente el profesor Luis Oswaldo, al tiempo en que aquel se iba a su despacho, luego comenzó a puntualizar los detalles con los que se haría la exposición—.

Como ya se había establecido, Guillermo y Percy Pompeyo estarían de apoyo y no intervendrían. Wilson Alfredo, como planificador, presentaría la parte del diagnóstico de la educación FAP, en no más de cinco transparencias en el retroproyector. Él, en cambio, como gestor principal del proyecto, haría la presentación de la propuesta educativa a lo mucho en diez transparencias, que debía incluir la fundamentación de la educación en valores y la estrategia que se tendría que utilizar para lograr su internalización, para finalmente concluir la doctora María Antonieta, con la presentación de la “Axiología FAP” en otras cinco transparencias. En total veinte transparencias. Cómo todo estaría diseñado en

forma precisa, toda la exposición duraría a lo mucho unos cuarenta minutos, o sea, menos de una hora pedagógica.

En aquel tiempo no existía todavía el versátil “data show” ni el programa informático “Power Point” de ahora, en el que puede hacerse maravillas, incluso insertar fotografías a colores. En esos maravillosos años, todo tenía que hacerse en el retroproyector que funcionaba a base de transparencias, las que, una vez diseñadas a mano en las matrices, había que “quemarlas” en la fotocopidora, por lo tanto no había más posibilidad que presentar las cosas en blanco y negro. Pero... la monja con la ayuda de un arquitecto egresado de la Universidad del Pacífico, que trabajaba de adjunto del Director General y que fuera contratado para diseñar los locales nuevos de los Colegios FAP de Provincias, se las ingenió para presentar su famosa “Axiología FAP” con animaciones al puro estilo de Mafalda, que ella se encargó de colorear con plumones de tinta indeleble. Lo que convertía en única a su presentación, pues la de ella sería a colores, aunque opacos... ¡pero a colores, qué caray!

Todo eso estuvo bien y los preparativos mejor. Cada quien sabía lo que tenía que hacer y el tiempo que disponía para ello, dosificado al segundo. Sin embargo, el día de la exposición, que debía realizarse a las siete en

punto de la noche en el auditorio del COLQUI comenzaron a presentarse algunos problemas.

— Ya pues chinito —le dijo cariñosamente Luis Oswaldo a Wilson Alfredo— mejor yo presento el diagnóstico y tú haces la fundamentación del proyecto que a mí me toca. Ya me conozco, de repente voy a agarrar viada en eso de por qué hay que educar en valores a nuestra niñez, y la voy a hacer un poco larga.

— Bueno, no hay problema. Si tú quieres arrancar la exposición, está bien. Como todo está preparado en transparencias, cualquiera de nosotros lo puede hacer —le contestó aquel, en tono conciliador, comenzando a ordenarse en esa perspectiva, como quien da por hecha una cosa—.

Sin embargo no pasaría ni una hora, cuando Luis Oswaldo, en el mismo tono, le pidió a Wilson Alfredo que cambiaran de tema nuevamente. Un poco sorprendido ante el intempestivo cambio de planes, aceptó otra vez. Mientras tanto, la monja estaba con su “Axiología” inamovible. Con ella no era la cosa. Ésta era entre los dos planificadores formados en los Cursos Multinacionales que la OEA daba en ese tiempo. Después de almorzar, cosa que ocurría a la una de la tarde, otra vez, Luis Oswaldo le propuso a Wilson Alfredo volver nuevamente al cambio que inicialmente le había propuesto. Una vez

más éste le aceptó, tal cual, aunque un poco incómodo por los cambios de decisión que estaban ocurriendo. Ante ello, el psicólogo —quien más iba a ser— intervino profesionalmente:

—Profesor Lucho, disculpe que intervenga, pero con todo respeto tengo que decirle que, en el fondo, ¡usted no quiere hacer ninguna de las dos exposiciones! Ese comportamiento es típico en las personas, cuando no quieren hacer algo. Habrá notado que algunas personas, antes de salir a algún sitio, suelen demorarse haciendo en su casa cualquier cosa. Eso se debe a que en el fondo, no quieren salir. Es posible que, si se trata del ama de casa, por ejemplo, prefiera quedarse cómodamente en su hogar viendo la telenovela, en lugar de salir a la calle, con el tránsito endemoniado y el smog de Lima.

—Qué va... si todo este tiempo he estado esperando la oportunidad de presentar el proyecto, justo ante los oficiales que, supongo, es donde primero tenemos que convencer, para recibir el apoyo que necesitamos para su implementación. Eso que me estás diciendo Guillermito, es cosa de psicólogos. Para demostrarte lo contrario, voy a presentar la parte que me toca, según cómo hemos acordado al inicio y sanseacabó —le contestó Lucho, dando por finiquitado este asunto—.

Fue bueno que Guillermo interviniera porque ya no se habló más del caso en el resto de la tarde, pero, a la hora de ir al Colegio Quiñónez fue Lucho el que más demoró en alistar las cosas que tenía que llevar para la presentación. Abría y cerraba los cajones de su escritorio, buscaba algo que nadie sabía en el interior de los mismos, se fue al baño más de una vez a arreglarse el tupé —según pensamos—, hasta que finalmente se subió a su Volkswagen verde brasileño 1600 de dos carburadores y emprendimos el recorrido. Llegamos, con suerte a destino, veinte minutos antes de las siete de la noche, donde el Director del Colegio nos estuvo esperando, con los implementos listos y con el auditorio casi lleno con muchos oficiales, la mayoría de uniforme.

Según lo previsto, Wilson Alfredo presentado por el Director del Colegio, dio inicio a la exposición y expuso la parte que le correspondía en el tiempo establecido, presentando él a su vez al concluir, al segundo expositor que era nada menos que Luis Oswaldo, el que tenía post grado en la Universidad de Lomonósov de Moscú. Todo iba de acuerdo a lo programado, hasta que a algún oficial del auditorio se le ocurrió pedirle por favor, que “ampliara” un poco más, la necesidad de educar a los alumnos en valores, que una vez aprendidos nunca se olvidan, en lugar de endilgarles tanto conocimiento que, después de todo, ellos sin pena ni gloria terminan

olvidándose irremediabilmente, lo cual le parecía que era una gran verdad, porque si se reflexionaba sobre ello... ¿a quién no le había ocurrido eso?

Luis Oswaldo comenzó explicando que la sociedad peruana estaba atravesando una profunda crisis de valores. Que la corrupción campeaba en todos los ámbitos y era algo objetivo. Que desde que él recordaba, sólo en el jardín y en la primaria le habían tratado de imbuir la práctica de valores. Que todo eso se perdía en la secundaria, porque cada profesor se preocupaba solamente de terminar el programa de contenidos cognoscitivos de su asignatura, sin importarles un comino si los alumnos practicaban en su vida algún valor. Que... —y agarró viada y se fue como si estuviera en cuarta velocidad con su Volkswagen brasileño 1600... y no hubo quien lo pare—.

El Director del Colegio le mostraba unos cartelitos en papel oficio, hechos a mano con plumón, donde le decía que ya debía terminar su perorata, pero Luis Oswaldo lo ignoraba todo. Hasta que los pocos oficiales que quedaban, terminaron por abandonar el local ya cerca de las nueve de la noche. La exposición no fue un fracaso. Es de suponerse que la euforia con la que el padre del Proyecto FAP lo exponía, había sido del agrado de la concurrencia, pero nadie esperó que fuera una respuesta

tan filosóficamente interminable, tan reflexiva sobre esa problemática y tan llena de ejemplos y situaciones reales. Ellos lo que querían era una presentación esquemática y precisa, tanto como lo puede ser una orden en su cuartel, en el hangar o en un avión de guerra. Nada más. Así que, después de escuchar respetuosamente lo que consideraron más que suficiente, se retiraron.

La pobre monja se quedó como las novias de los cuentos, vestida y alborotada. No tuvo oportunidad de presentar sus tan simpáticas animaciones a colores, que mostraban a unos muñequitos con globitos sobre sus cabezas, en los que con preguntas y respuestas, explicaban en qué consistían los doce valores seleccionados de la “Axiología FAP” y cómo había que llevarlos a la práctica mediante las actitudes, que no eran otra cosa que, las formas prácticas y observables en las que un valor se internaliza y se lleva a nuestra vida cotidiana como parte inherente de nuestra persona y de nuestra personalidad. Sólo que no fueron cinco transparencias, como se acordó, sino doce, a razón de una por cada valor. Tanto le afectó el hecho de quedarse sin exponer después de haberse preparado tan esmeradamente cómo ella lo hizo, que cuando pidió a Wilson Alfredo que por favor la llevara a la casa donde ella vivía en una de las urbanizaciones de Surco en Monterrico, en su Toyota “Corona” 1700, lo hizo casi llorando:

—Profesor Wilson, fíjese pues lo que me acaba de hacer el profesor Lucho (snif, snif). Yo jamás me iba a imaginar que me dejara sin posibilidad de exponer la parte que me correspondía (snif, snif), y que habíamos acordado entre todos (snif, snif). No sé cómo ha podido dejarme sin tiempo, sabiendo la forma cómo me había yo preparado para este evento (snif, snif), —luego, tomando aire, le habló como en una arenga— ¡Esto que me ha hecho no lo voy a olvidar nunca! ¡Algún día voy a tener que vengarme de esta afrenta sin nombre, ya lo verá... ya lo verá! (snif, snif)

El trayecto desde la Urbanización Camacho del distrito limeño de Surco, donde se hallaba ubicada la Villa Militar FAP y el local del COLQUI, hasta Monterrico donde vivía la monja —que parecía que nunca iba a dejar de lamentarse y de lanzar algún lloriqueo—, se hizo junto con mil y una formas de consolarla por parte de su compañero de travesía, que le pedía serenidad, perdón y paciencia, argumentándole de que no debería tomar ese asunto tan a la tremenda y simplemente ver aquello como cosas que siempre pasan. Nada de todo eso tuvo eco en ella. La monja seguía en sus trece. Debía vengar la ofensa a su dignidad...

La exposición del Proyecto FAP ante los oficiales del COLQUI en el mes de marzo de ese año, después de casi nueve meses de ocurrido, era ya sólo un hecho anecdótico y un recuerdo que iba alejándose hacia la nada, como en un trance natural para ese tipo de cosas. Nadie se había enterado de lo que había ocurrido en el interior del Toyota “Corona” 1700, camino de la Villa Camacho hasta Monterrico, porque al día siguiente la monja se apareció en la oficina como si nada hubiera ocurrido, y hasta parecía que el hecho había sido tomado por ella lo más deportivamente posible e imaginable. Pero no fue así...

Aquella aguerrida monja, heredera de las más rancias costumbres aristocráticas de sus ancestros limeños, que al parecer le reclamaban mientras dormía que debía lavar aquella afrenta, no necesariamente mediante un duelo en el que la sangre corra raudales; pero, sí con inteligencia, casi al terminar el año escolar —aunque antes de la navidad—, convocó a todas las secretarias y asistentes administrativas de los dos colegios FAP de Lima, mediante papeleta conminatoria del mismísimo Director General, a asistir una semana entera por las tardes, es decir, desde las tres hasta las cinco de la tarde, a un curso taller sobre “Los Fundamentos Cristianos y Bíblicos de la Axiología FAP” a llevarse a cabo en el local de Las Gardenias, donde funcionaba en el primer piso del local,

el Jardín de Niños del COLQUI y, en el segundo piso, la Dirección General de Colegios FAP.

Como era natural en tales casos, ella misma se encargó de ejecutar el tal taller de marras. Con ese fin, por las mañanas preparaba sus transparencias y las fotocopias de sus lecturas seleccionadas, así como las evaluaciones pertinentes y, por las tardes, bajaba al primer piso a recibir a sus ocasionales alumnas y realizar con ellas el evento. El jueves por la mañana, casi al terminar ya el curso taller, la monja se encargó de entregar personalmente una “papeleta” de invitación, firmada nada menos que por el Director General, a todos sus compañeros de Trabajo de la Oficina de Asesoramiento Académico, para asistir a la ceremonia de clausura respectiva, que sería a las cinco de la tarde en punto de ese mismo día.

Todos sus compañeros invitados asistieron con puntualidad inglesa a la clausura, al igual que otros personajes que ella misma se encargó de comprometer que asistan. Como la ceremonia debía culminar con la entrega de los certificados correspondientes, uno a uno los mismos fueron a parar a manos de cada uno de las participantes del famoso taller, entregados sucesivamente por cada uno de sus invitados. Nadie se habría percatado de lo que se avecinaba, a no ser que, el especialista que le tocaba entregar el último preciado documento no fuera

otra persona que Luis Oswaldo y la única que quedaba por recibir la dichosa cartulina no hubiera sido otra damita que, una asistenta administrativa del COLPOL, que se diferenciaba de todas las demás por su gran tamaño y envergadura. Mediría no menos de un metro con ochenta centímetros y pesaría unos ciento veinte kilos. Se trataba ni más ni menos que de la “Muñeca”.

El profesor Percy Pompeyo, el especialista de Lenguaje de la Oficina, le había puesto ese apelativo, porque la tal “Muñeca” aparte de ser muy alta, y de una reciedumbre espectacular, era una mujer por demás noble, apacible y generosa. Como persona era de carácter dulce y agradable y como trabajadora administrativa, podría decirse que era servicial, atenta y dúctil. Por decir lo menos, “la muñeca era una mujer tan grande como encantadora”. Por esos dones y características, a ella precisamente la monja la había aleccionado para que, al momento de recibir de manos del profesor Luis Oswaldo el diploma que le correspondía, por ningún motivo debía de inclinarse para recepcionarlo, ni mucho menos hacer otro tanto para recibir el besito ceremonial en la mejilla, que era costumbre que le dieran una vez que le entregaran el diploma. Ella debía permanecer de pié, incólume y sin hacer ninguna reverencia o gesto de agradecimiento durante ese acto. De no hacerlo, la monja le había “advertido” que hablaría con el Director General para que

la reasignen al COLQUI, lugar al que sabía que ella no quería ir ni aunque le doblasen el sueldo o la ascendieran varios grados en su carrera administrativa. Sin verificar que todo no era más que un ardid urdido por la monja, aceptó el trato sin más ni más y lo cumplió a pie juntillas.

Como todos los que estaban presentes ya se olían que algo andaba mal para el profesor Luis Oswaldo, al verificar que sintomáticamente él fue delegado por la monja para que entregara el último diploma de la mesa de honor a la “Muñeca”, sin poder ya contener una risa que por las circunstancias no podía ser ruidosa ni escandalosa, observaron cómo el profesor de “más talla” de todos los presentes, se empinaba lo más que podía para hacer entrega del certificado a una “Muñeca” que se sostenía erguida como mandada hacer.

Sobre eso, al no poder darle en la mejilla el besito de cortesía ese que tan hipócritamente se repartía en tales ceremonias, no tuvo más remedio que acercar su cabeza lo más que pudo hasta donde podía llegar, dada su pequeña estatura: justo debajo de los grandes y bien despachados par de senos de la “Muñeca”, que para hacer más pintoresco el desenlace planificado aquel, acarició maternalmente con una de sus tremendas manos la cabeza del pequeño profesor Luis Oswaldo, como si se tratara de un niño.

Del mismo modo cómo la monja no se dio por aludida frente a él, la vez que no le dejó turno para exponer sus transparencias a colores, el profesor Luis Oswaldo hizo cómo que no percibió la intencionalidad de esa parte del ritual de esa ceremonia. Se sentó tan dignamente como le fue posible en su sitio en la mesa de honor del estrado y, tan pronto terminó la ceremonia se subió a su Volkswagen verde 1600 y se marchó para su casa como alma que lleva el diablo. Como de costumbre, la monja bandida haciéndose la que no sabía nada, le dijo al profesor Wilson Alfredo otra vez:

—¿Me podrá llevar en su carrito profesor Wilson hasta mi casa en Monterrico?

—¡Claro doctora, con todo gusto! —Le contestó aquel casi ya como una costumbre—.

Ya en el camino a su casa de Moterrico, el profesor Wilson Alfredo le dijo a la monja, lo que pensaba respecto al pase aquel preparado por ella para vengarse de Luis Oswaldo. Al comienzo negó de plano tal posibilidad; pero, ante los coherentes y lógicos argumentos de Wilson Alfredo, al que respetaba por haber trabajado con él en muchas labores de supervisión educativa de los Colegios FAP de Lima —la monja nunca salió a provincias—, no le

quedó más remedio que quedarse muda, como quien reflexiona sin arrepentirse de lo que acababa de hacer. Por ello, es de suponer que frente a la última aseveración de éste:

—Buena la que le ha hecho ahora a Luis Oswaldo doctora...

—Y qué... ¿acaso creía usted profesor Wilson que yo me la iba a tragar?... Lo que me ha hecho el profesor Luis Oswaldo aquella vez de la exposición ante los oficiales del COLQUI, no se lo perdoné jamás... —Le contestó la monja, como quien acababa de cometer un pecado venial pero que, ella más que nadie, sabía que tenía el dulce sabor de la venganza más pícaro, que uno pudiera imaginar—.

EL BRAZALETE NEGRO

Desde que Oswaldo Espinel tuvo uso de razón, situación que se pierde en alguna época indefinida de su niñez, siempre que observaba que alguien era víctima de una

injusticia, un abuso de la fuerza o de autoridad, o un maltrato inmerecido, deseaba que Dios o alguien —a veces innombrable— le concediera el poder de hacer con su mente lo que fuera necesario para castigar la impunidad con que se estaba cometiendo esa falta o delito. Nunca resultó. Se esforzaba y esforzaba para hacer que su mente lograra tal proeza, pero... ¡nada!

En aquél deseo peregrino siguió empeñado no sé hasta cuándo. Ya con los años suficientes para dejar la categoría de niño, cuando un chofer malandro de taxi, de combi o de Torito Bajaj, por ejemplo, hacía de las suyas atropellando las normas de tránsito vigentes y los derechos de los peatones y otras gentes de a pié, Oswaldo deseaba fervientemente que su mente hiciera que alguna, o todas sus llantas juntas se reventaran, o que su motor se descompusiera, de tal suerte de garantizar que se quede allí, donde acababa de cometer la infracción, hasta que la policía lo encuentre y lo sancione.

Sin embargo, al parecer, lograr que su mente hiciera esas maravillas era una ilusión que nunca se cumpliría... igual que cuando se es niño y se desea ser “Superman”, no para usar el calzoncillo encima del pantalón ni para andarse escapando de los brazos de Luisa Lane, sino para hacer que la libertad y la justicia prevalezca sobre la opresión, el delito, el abuso y la maldad; obviamente, marcando

drásticamente algunas diferencias con la triste concepción que tienen de este valor los políticos y grandes empresarios de la tierra del “Tío Sam”, que no sólo han hecho de ese “héroe” el máximo abanderado de la justicia, sino que lo han impuesto al resto del mundo, tal cual ellos lo han creado: un ser super poderoso que para corriéndose de las mujeres.

Igual sentimiento surgía en su cabeza y brotaba de su pecho como resonante protesta, al observar cómo a ciertos niños de la calle algún “empresario emprendedor” los hacía trabajar como a esclavos, limpiando lunas de los vehículos o vendiendo caramelos en las esquinas, para recoger algún sencillo del cual él se apropiaba incluso con malas maneras, malos tratos y palabras soeces. En esos casos lo que más deseaba fervientemente era que al desalmado aquel que los estaba explotando, le sobreviniera una diarrea incontenible que le hiciera defecarse en sus pantalones, cada vez que se pusiera a quitarles abusivamente el dinero ganado por esos niños con tanto sudor y sufrimiento.

Pero lo que más deseaba secretamente Oswaldo Espinel era castigar, de alguna forma no concebida todavía, a esos políticos corruptos que, cuando llegaban a ser funcionarios o autoridades, lo que hacían era llenarse los bolsillos con el dinero público empleando malas artes.

Para esos casos pensaba: *“Qué bueno sería que a estos desgraciados hijos de la guayaba se les pudrieran las bolas y se quedaran eunucos para siempre, para no dejar esa clase podrida de descendencia”*.

Pero nada de eso funcionaba. Todo quedaba en esa clase especial de deseos nunca logrados que todas las personas suelen tener en lo más hondo de sus corazones. Lo único que tuvo que hacer, entonces, fue aprender a vivir con esas cosas que le rompían el alma y le llenaban de impotencia, porque le hacían sentir en la boca el acre sabor de la frustración y el desengaño.

Muchos años más tarde, cumplidas por su parte, algunas de metas personales a fuerza de estudio y trabajo, Oswaldo Espinel y un grupo de sus familiares acordaron ir a pescar al río Sendamal, donde les habían dicho que había truchas. Para ese fin, consiguió que un amigo le facilitara una atarraya, y de su padre, el carrito Toyota “Corona 1700” del año 1972 que aquel utilizaba en ese tiempo para taxear en Cajamarca.

La pesca fue muy satisfactoria, después de mucho padecer para descubrir que había que enturbiar el agua del riachuelo y corretear a las truchas tanto de subida como de bajada hasta hacer que se reúnan en una de las pozas del río que previamente se eligió para ese propósito,

presumiblemente asustadas por el alboroto que a propósito hacía toda la mancha de Oswaldo.

Antes de que eso ocurra, con el agua cristalina del río discurriendo libremente por la ladera y los cascajales de su cauce y, con la atarraya a su disposición, Oswaldo trató muchas veces de atrapar alguna trucha, pero no logró pescar ninguna por más esfuerzos que hizo.

En una de las tantas lanzadas de la red circular con plomos en su perímetro, el instrumento de pesca resultó recogiendo del cauce del río un objeto que tenía la forma de un aro y que cabía perfectamente en su muñeca izquierda, que era ligeramente más delgada que su muñeca derecha. Al tenerlo en sus manos y observarlo, de modo natural y casi sin pensarlo, lo identificó como un “brazalete de color negro”. Pero, ¿de qué metal estaba hecho? En verdad el bendito brazalete era muy negro, que se suele precisar para resaltar aquellos diciendo que es “negro chivillo”.

¿Alguna vez fue de plata? Porque la plata suele tomar ese color al estar mucho tiempo dentro del agua. Sin embargo, sin saber por qué ni cómo, Oswaldo resultó tomando la decisión de quedarse callado y guardarse en el bolsillo el hallazgo. Al poco tiempo, sintió que comenzaba a calentarse. El calor de su cuerpo seguramente estaba

logrando aquello, supuso, aunque tal cosa era impensable por el frío ambiente que reina en esa parte de la cordillera de Cumulca camino a Celendín. Sin embargo, metió la mano izquierda que tenía libre al bolsillo y lo palpó: el brazalet estaba tibio y sintió como si la extraña joya hubiera cobrado vida.

Al establecer contacto con el objeto, Oswaldo pensó sólo por pensar algo: “*qué bueno fuera que ya pescáramos alguito*”. En eso, sin saber cómo, con poncho y ensombreado, apareció a su lado un poblador de la zona que venía arreando una ternera. Al verlo le dijo:

—Óigaste gringuito, con el agua limpia nunca va a pescar nada. Con sus acompañantes tiene que enturbiar el agua y corretear a las truchas, tanto río abajo como río arriba, hasta alguna poza que hubiera por allí. Ahí es donde las va a chapar. Por Diosito créame. Hay truchitas en este río pero así se las pesca —y sin saber otra vez cómo, el hombrecito se desapareció de su vista de forma idéntica a cómo había hecho su llegada—.

Para Oswaldo lo difícil fue convencer a sus acompañantes para que se metan al agua helada y comiencen a hacer lo que acababa de recibir de aquel desconocido como consejo gratuito. Pero como de la otra forma no había cuándo pescar una miserable trucha, a regañadientes tuvieron que hacer el mandado. Una vez posesionado a un

lado de la poza que previamente hubieron identificado para reunir a los peces, cuando el agua del río se volvió turbia, Oswaldo lanzó la tarraya y grande fue la sorpresa de todos cuando al jalar al canto de la quebrada la atarraya, ésta traía como botín nada menos que once truchas de regular tamaño, conseguidas en una sola tirada.

La segunda y tercera atarrayadas no fueron tan prolíficas en pesca, por lo que tuvieron que reiniciar la faena de corretear otra vez a las truchas, río arriba y río abajo hasta la poza del centro, dividiéndose en dos grupos; pero, esta vez, desde una distancia mucho mayor. En total, cuando ya tuvieron cincuenta y siete truchas saltarinas de regular tamaño en la bolsa, decidieron regresar a Cajamarca, con la sonrisa de felicidad dibujada de oreja a oreja en todos sus rostros. La pesca había estado muy buena y, a pesar de que todos traían la ropa mojada, regresaban felices y contentos. Obviamente, después de verificar personalmente que pescar es una experiencia grata y satisfactoria para cualquiera.

Ya para llegar a la bajada que queda frente a Michiquillay y desde donde se divisa La Encañada, el calor que comenzó a sentir Oswaldo en uno de sus bolsillos le hizo acordarse que allí había guardado el brazalete negro. Metió la mano para tocarlo y, cierto, el objeto estaba tibio, un poco más tibio que su cuerpo. Siguió pensando y cayó en la cuenta

de que, esta vez, su deseo de *pescar algoito* se había cumplido. ¿Acaso el brazaletes tenía algo que ver con eso?

En la tranquilidad de su hogar a Oswaldo se le ocurrió, a solas, examinar detenidamente el brazaletes. Al hacerlo, verificó que su temperatura era más bien fría, igual que cuando la sacó con la atarraya allá en Sendamal y que estaba conformada por una serie de piezas muy pequeñas y bien ensambladas entre sí. Pensó entonces que, de tanto haber permanecido en el fondo del río se había vuelto completamente negra y que podría ser de plata.

Premunido entonces de una lija fina para fierro, comenzó a desgastarla, pensando descubrir pronto el color argentino de la plata, pero el bendito brazaletes era sólo negro y, como si le doliera ser desgastada por la lija, comenzó a entibiarse. *Qué raro —pensó Oswaldo— ¡este bendito brazaletes pareciera que tiene vida! Creo que no le gusta que la lije. Además, definitivamente, no es de plata. Entonces, ¿de qué está hecho? —*Y por más que pensó y pensó no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria. El brazaletes era completamente negro, pesaba como si fuera de metal pero ningún metal que conociera era de ese color tan negro—.

Entonces guardó el brazaletes en un sitio escondido de su escritorio donde tenía sus cosas personales y las de su trabajo. Y allí se quedó no sé cuánto tiempo. Cuando un día se puse a buscar allí unos documentos y armar con

ellos su expediente para un concurso para cubrir plazas vacantes que la VIII Dirección Regional de Educación había convocado, encontró allí refundido entre otras cosas al brazaletes negro. Al cogerlo sintió cómo rápidamente comenzaba a entibiarse en una de sus manos. No lo podía creer. ¿Por qué se entibiaba al contacto con sus manos? Mientras lo tenía cogido todavía, Oswaldo deseó en su pensamiento otra vez: *“Ganar este concurso me caería de perlas, no sólo porque mi sueldo sería el doble de lo que ahora gano como director de escuela; sino, sobre todo, porque me ayudaría a realizarme profesionalmente y mejorar las condiciones de vida de mi familia”*.

Al armar su expediente cayó en la cuenta de que no tenía dinero para hacer el viaje hasta Trujillo. Pensó entonces que, *eso de concursar... para otra ocasión podría ser...* y para calmar su desaliento salió a caminar sin rumbo. No había andado ni tres cuadras fuera de su casa, cuando se encontró con un antiguo compañero de estudios de la primaria con el cual, desde aquella época, habían sido muy amigos. Al conversar con él éste le dijo que esa noche en el servicio nocturno que la Empresa Díaz tenía a Trujillo, estaría viajando a presentar su expediente, porque él iba a concursar también la bendita plaza que se estaba convocando y que, según él, estaba muy apetecible por el sueldo y la jerarquía profesional que lograría.

Como Oswaldo le dijera que él también había pensado concursar esa plaza, pero que no tenía dinero disponible en ese momento para viajar y poder presentar el expediente; pero que ya lo tenía listo en su casa, sin mediar ninguna petición de su parte, él amigo se ofreció a presentarlo por él en Trujillo, con la condición de que se lo traiga antes de la ocho de la noche a la oficina de embarque de la Empresa Díaz, que en ese tiempo quedaba en la Plaza de Armas. Eso hizo Oswaldo.

Quince días después, viajó a Trujillo para rendir los exámenes correspondientes. A la semana siguiente, llegó por el correo estatal hasta su domicilio, una comunicación oficial en la que le daban a conocer que era el ganador del concurso y que tenía un plazo de tres días para hacerse cargo de su nueva colocación. En menos de dos días hizo todos los arreglos en la Dirección de su Escuela para dejar todo en orden, así como para realizar el encargo del puesto que dejaba vacante y... hecho todo eso, asumió su nuevo cargo.

Por mucho tiempo no relacionó qué es lo que tendría que ver el brazalete negro con lo que le había ocurrido en esta nueva oportunidad. Hasta que un día logró asociar el hecho de tener en sus manos el brazalete negro, sentir que se entibia y luego formular un deseo relacionado con su persona. También cayó en la cuenta de algo posiblemente intrascendente, pero que de alguna forma podría verificar

más adelante si lo quisiera. Le parecía que el brazalete negro estaba ligeramente más liviano que cuando lo encontró en el río Sendamal. ¿Acaso por cada deseo que le concedía el brazalete, éste perdía un poco de masa? De ser así, ¿cómo ocurre este singular fenómeno?

De allí en adelante ganó un concurso regional para lograr una de las tres becas que la OEA concedía para especializarse en administración pública y planificación, previo deseo de querer obtener la beca de estudio con el brazalete en la mano; luego otro, en la universidad nacional de su localidad para desempeñarse como profesor en el Colegio Experimental que ésta tenía, siempre aplicando el mismo ritual. Aquella vez ganó el concurso pero tuvo que renunciar al cargo porque el haber no le convino.

Mucho tiempo después ganó otro concurso para trabajar en la Fuerza Aérea y después otro para trabajar en un Proyecto de la FAO. Fue llamado para trabajar en un cargo gerencial del Gobierno Local y ganó finalmente un concurso nacional de narrativa. El caso era que el brazalete cada vez se hacía más delgado y pesaba menos, aún cuando seguía siendo negrísimo. Para ese entonces, ya jamás Oswaldo se desprendía de él.

Uno de esos días, al ver a una hermosísima mujer pasar a su lado, sin darse cuenta realmente de lo que hacía, cogió

el brazalete que apenas era ya como hilo de metal muy delgado y pensó: *“cómo me gustaría que esta hermosa mujer fuera mía”*.

Sintió entonces que el delgado hilo que ahora era el brazalete negro se calentó hasta casi quemarle los dedos de la mano y desapareció de este mundo, haciendo un sonoro chasquido. Buscó en su bolsillo con desesperación lo que quedaba del brazalete, pero no encontró nada, sólo sintió en el ambiente un acre olor a azufre y pólvora quemada. Pasada la sorpresa, se dio por bien servido y se consoló pensando que el brazalete negro le había concedido ya bastantes deseos... sin embargo, según recordaba, su último deseo fue que una mujer que siempre le había gustado pero, más joven que él, de alguna manera le correspondiera ese amor que a él le parecía sentir por ella.

No pasó una semana y la hermosa mujer resultó apareciendo por su domicilio. Según ella misma aclaró al llegar, venía en busca del profesor Oswaldo Espinel porque le habían indicado varias personas, que él podría asesorarle para realizar un trabajo de investigación sobre instauración del concepto de número en educación inicial, que era la carrera docente que estaba por concluir en el Instituto Superior Pedagógico “Victorino Elorz Goicoechea”. Como no era la única alumna que buscaba a su esposo para esos u otros propósitos similares, la propia

esposa de Oswaldo le hizo pasar a la sala de recibo de la casa y le indicó que allí lo esperara, ya que no tardaría en llegar, porque justamente ya era la hora de su regreso del trabajo.

Esta primera reunión de Oswaldo Espinel con esa mujer de ensueño fue muy rápida. Enterado del propósito de su visita le indicó que sí le podía ayudar pero que, le trajera todo lo que ella había avanzado sobre este particular, indicándole de modo especial que necesitaba informarse del Plan de Investigación que le habían aprobado en su Instituto y que, por favor, le alcanzara esto en la universidad privada donde él laboraba como docente. De allí en adelante todas las reuniones que tuvo con ella se llevaron a cabo en su centro de trabajo. Ella, lo visitaba con una asiduidad que, a pesar de serle ya una molestia, le resultó gustando y cuando se demoraba en llegar hasta la extrañaba.

Antes de la sustentación de la tesis, en la última reunión de asesoramiento que Oswaldo Espinel tuvo con ella en la universidad, a Martha Elena Suárez —así se llamaba la hermosa muchacha— al parecer, se le bajó de improviso la presión arterial y, además de sudar frío se puso pálida como la cera. Tratando de reanimarla y pensando que tal estado de cosas era hasta cierto punto natural, por el nerviosismo que causa en cualquier persona el tener que sustentar una tesis, Oswaldo condujo a Martha Elena al

cafetín de su centro de trabajo para invitarle allí un café. Cuando esperaban que les llegara a la mesa en que descansaban la taza caliente de la fortificante bebida, sin que él pudiera evitarlo, ella cogió una de sus manos y mirándolo a los ojos con mágica ternura le dijo:

—Profesor Oswaldo, no puedo seguir callando esto que parece que me va a matar. Yo sé que es usted una persona muy responsable con su familia y sobre todo, respetuoso de ella. Pero estoy enamorado perdidamente de usted. La sola idea de que ya no habrá pretexto para venir a verlo, aunque sea una vez más, creo que si no me mata, me va a volver loca. Lo que ahora me ha pasado no es por otra cosa que, la idea de no poder verlo más adelante tal como lo he estado haciendo. Tampoco quiero que piense que usted deba dejar a su esposa y a sus hijos por mí. Eso no ha pasado jamás por mi mente. Sólo quiero que de vez en cuando, me brinde unos cuantos minutos de su vida y me haga feliz... inmensamente feliz. Yo sé que no le soy indiferente. Creo que le gusto como mujer. Así que ¿acaso no es posible que me regale un poquito de felicidad en los términos que yo misma le estoy proponiendo?...

Así fue como, sin siquiera proponérselo, Oswaldo Espinel resultó de locos amores con Martha Elena —no tan locos pero sí amores después de todo—, luego con Magda Estela, con Malena Elvira, Miriam Elisa, María Elsa; y...

¿con cuántas más podrán ser? pensó, cuando ya casi no quería saber más de tales aventuras. El brazalete negro ya no estaba más con él; pero, según parecía, al concederle su último deseo tuvo una confusión terrible y sin forma plausible de arreglo.

Reflexionando desde un comienzo, sobre lo que le comenzó a ocurrir desde que halló de pura casualidad el brazalete negro en el río Sendamal, Oswaldo Espinel llegó a la conclusión de que el brazalete negro era una especie de máquina estelar diminuta, diseñada para conceder deseos al ser que lo poseía, tomando para ello la energía inicial necesaria de él, para luego consumir la propia al tiempo de conceder el deseo solicitado por su poseedor. El caso particular era que se activaba sólo después una especie de análisis probabilístico y frente a un deseo más bien casual de su poseedor. ¡Nunca! cuando ese deseo era calculado, bien pensado, en favor de terceras personas o para —que barbaridad— intencionalmente perpetrar una maldad o fechoría.

Sin embargo, todo hace suponer que, al procesar el último deseo, le ocurrió lo que suele pasar con una computadora y una base de datos en la que, por obra y gracia de un virus informático o de alguna falla de sistema, el comando respectivo ya no responde y se vuelve al principio de la última acción como en un estribillo infinito, convirtiendo el último deseo concedido no en un don, sino más bien en

una especie de maldición: ser amado por todas las mujeres cuyos nombres comiencen con las iniciales M.E... que todo hace suponer, le durará a Oswaldo Espinel hasta su muerte...

A LA PRIMA ... SE LE ARRIMA

El “Lolo”... —como le decían todas las personas que le conocían, ya sea por haberlo hecho cuando éste era joven o cuando, ya de viejo, hizo algo que a todos les pareció un tremendo adefesio—, era un hombre zarco de pelo que alguna vez fue castaño claro, pero que ahora era plateado brillante. Toda su piel era blanquísima tirando para albina, la misma que, por efectos del sol inclemente de esos lugares, se había vuelto colorada en todas las partes de su cuerpo expuestas a la luz del astro rey, guardando la apariencia de yuca pelada lavada, en donde éste no llegaba.

Ya pasados los cuarenta años de edad, su cabeza, que siempre llevaba erguida y sin perder ninguno de sus pelos, se volvió completamente canosa, con matices plateados, característica que se hacía más notoria a la luz de la luna llena. Era además un hombre alto y de contextura delgada pero nervuda, lo que le daba la apariencia de tener una gran fortaleza física y menos años de los que en realidad tenía, siempre y cuando no se fijaran en sus canas.

Trabajando aquí y allá adquirió cierta experiencia en lo que es la vida y algún dinero, que tuvo que ahorrar centavo a centavo, pasando muchas veces hasta penalidades; pero, en lo de “hacerse de algún dinero”, que era su objetivo, logró hacerlo aunque nunca presumió de cuánto tenía.

Casi todas las decisiones que tomó en su vida tenían un fundamento económico. Por ello, con algún recorrido ya

en las lides amatorias, decidió que lo mejor era casarse, para no estar pasando penalidades cada vez que necesitara satisfacer sus necesidades sexuales. Si bien era algo tacaño para gastar con sus amigos, tanto que, entre en broma y en serio, le decían “*comboy herido*” porque casi nunca disparaba, con las mujeres era más que pródigo, de lo cual, ninguna de las que alguna vez salieron con él, dejó de tomar debida nota, en razón de lo cual podría decirse que era un soltero cotizado para casorio entre todas ellas, que no eran pocas, entre maltonas, jóvenes y queriendo llegar a solteronas.

Sin embargo, calculador como sólo él podía serlo, sacó la cuenta de que estar con una mujer en cualquiera de esas condiciones, nunca era de balde, porque siempre eso tenía un costo, el mismo que cada vez se hacía más oneroso, situación que generalizó a toda relación amorosa con una mujer, sea ésta quien sea. Claro que para él, las “*togadas*” siempre resultaban más caras que aquellas “*sencillonas*” que no se antojaban ni pedían nada y que se contentaban con lo que él las invitaba.

—Carajo, pero ni hacerse la idea de que casándome esa tarjetita peluda me va resultar gratis —se dijo— pero por lo menos la tendré a mi disposición cada vez que yo quiera, y no como ahora, que es cada vez que se puede y después de una gastadera muy regular, y como yo quiero que sea algo que me dure y que me responda como carro

Toyota, la china con la que me case tiene que ser mucho más joven que yo.

Bien auto convencido de que tenía que ser muy joven para que le dure, no duró mucho en echarle ojo a una de sus primas que, por añadidura, había apadrinado el año anterior cuando ella terminó su primaria. No de muy buena gana y casi a regañadientes —“*que pué no tienen juicio de aceptar que se case su Fina, que es muchachita, con ese viejo resabido que es el Lolo*”, les habían dicho los familiares infinidad de veces— los padres de Josefina Sánchez Chávez aceptaron que su hija, apenas con catorce años de edad, contrajera matrimonio con el revejido de su primo Lolo, que ya para entonces era cuarentón, pero que en su lógica, era el hombre que le daría aquella “seguridad económica” que ansiaban de buen corazón.

Por su parte, cuando le hicieron similares comentarios a Eleodoro Sánchez Aliaga, éste haciéndose el chistoso como era su costumbre y con un desparpajo muy propio sólo en él, solía contestarles:

— Oye hermanón, ¿y qué pué quieres que mi familia vaya a parar a manos de la gente? Mejor que se case con alguien de su sangre pué cholo hermano, pa’que la estime y la cuide. De la gente no te confíes. La gente es la gente. Además, la carne buena, que se la coma la familia, peor sería que la coma cualquier perro callejero que nunca falta

por allí. Porque de seguro que habrás oído decir que *“la mejor carne se la come el perro”*, ¿no es cierto? Entonces pué, si ha de ser pal perro, que sea un perro por lo menos de la familia. Además, —al parecer esto último lo decía en broma porque todo lo demás lo hablaba con una seriedad que espantaba— has de saber que: *“a la prima se le arrima, a la prima hermana con más gana y, a la tía todo el día el día”*... En este caso, es cierto que es mi familia, y bien cercana, lo mismo que también es muy cierto que es muy tierna, pero es mejor así para terminarla de criar a mi gusto ¿no les parece? Y si no les parece... ¡que pué lo he de hacer!

— Esa tonada la han sacado ustedes los shilicos para justificar su mala costumbre de casarse entre familiares — le retrucaban, pero él se reía de todo eso y nunca les hizo caso, llegando a formar una familia con su Josefina que era la envidia de todos. Por eso, no dudaba en contestarles muy orondo—:

— No hermanón, así es mejor. Pa'que ya pué te vas juntar con la gente teniendo tu familia con quien hacerlo. Haber... la primera noche que duermas, va a ser mucho más fácil todo, si lo haces con alguien que es de tu sangre. Fíjate que ha de ser muy difícil con una persona que para ti es una completa desconocida. Eso ha de ser parecido a cuando te vas a Lima en el “Atahualpa” y te toca una mujer desconocida para viajar toda la noche. Duermes

toda la noche con ella y, a veces, hasta ni llegas a hablarle en todo el viaje, menos ya pué, pa' que te acerques y le des una caricia.

Por lo general, en tales conversaciones el Lolo siempre salía ganancioso. No había nadie que lo convenza de lo contrario y, con buenos argumentos o con lisuras que también sabía decir, terminaba siempre ganando la discusión. Con su Josefina en cambio era una paz de Dios. Siempre le daba la razón en todo y era más condescendiente que mandado hacer. Al parecer, aparte de que consideraba a su Fina como a la niña de sus ojos zarcos, temía que en algún momento, movida por algún resentimiento, ella no le permitiría hacerle el amor cada noche como él lo había establecido —a la hora de acostarse y a la hora del mañanero, religiosamente— es decir, como una regla instaurada al comienzo y, después, como una hábito sacrosanto que no podía ser trastocado.

Así de ese modo, entonces, llegaron a diez hijos: siete varones y tres mujeres; que, indefectiblemente, venían a este mundo, cada dos años, con una regularidad de reloj suizo. Así fue como su Josefina de tanto parir y de tanto lavar pañales, cocinar para ese batallón de hijos que tenía, sorber durante el día, desde la madrugada a la noche, el humo incansable de su cocina a leña, y cuando estaba junto a su marido, sorber igual el humo azul de los cigarros “El Inca” o “El Nacional” que éste solía fumar

como descocido cuando estaba a su lado, además de tener que atenderlo en sus necesidades varoniles por las noches y por las madrugadas, se hizo vieja... aunque como todos reconocían: ¡vieja, pero feliz!

Después de los diez hijos y de los veinte años que tardó en tenerlos uno a uno en ese lapso, como consecuencia de la pujadera en cada parto para dar a luz, le tuvieron que operar en Cajamarca de un prolapso que le hacía orinarse, de la nada, en sus calzones, cada vez que tosía o que se reía con ganas y que, sobre todo, le impedía estar a gusto con su marido a la hora de la hora. Después sin saber por qué, el aliento le comenzó a oler mal y cualquier cosa que comiera, le producían vinagreras horribles; así que, sin mayores trámites le tuvieron que operar igualmente en Cajamarca de la vesícula biliar, con lo que la dejaron media baldada para comer lo que antes acostumbraba: el chocolate en el lonche y los chorizos en el desayuno, amén de su sopa de harina de alverja con tocino reventado de chancho, pero no con un par de huevos sacudidos como es la costumbre allí, sino con varios huevos soltados enteritos en el caldo como acostumbraba ella.

Para empeorar sus males, comenzó a sentir que su barriga le crecía como si estuviera embarazada, por lo que tuvo que ir a la posta médica de su pueblo para que la enfermera le saque de dudas. Le hicieron las pruebas de rigor y no estaba embarazada, en razón de lo cual, la

profesional le aconsejó que vaya hasta Cajamarca para que le hagan allí, por lo menos una ecografía y de ser el caso, una tomografía. Eso hizo, pero le pesó en el alma porque ya no le permitieron regresar a su pueblo y la internaron para una operación de histerectomía, de urgencia. Le dijeron que tenía una “mola” del tamaño de una papaya y que presumiblemente tenía cáncer justo allí, en ese órgano que le permitiría siempre estar bien lubricada cuando su marido la requiriera de amores y donde, santo Dios, ella había anidado a sus diez hijos.

Cuando le extrajeron el útero y los ovarios, los exámenes de la mola dieron negativo, lo que fue un alivio, ya que eso significaba que no padecía del temible cáncer. Sin embargo, después de todas esas cosas por las que pasó, comenzó a sentir que su salud y su fortaleza se le iban yendo sabe Dios a dónde. Cada día que pasaba perdía peso y se levantaba más desganada de todo lo que antes le entusiasmaba hacer. Lo mismo “vio” que su semblante se volvía pálido y casi transparente, pero lo que más le preocupaba era que perdía sus fuerzas igualito a cómo los hombres suelen perder los pelos de su cabeza, cuando la calvicie hace estragos en su cabellera, pues sentía que toda la vitalidad que tuvo se le caía literalmente a pedazos.

Lo peor de todo, se decía, a mi marido le dejo que se entretenga como él acostumbra, religiosamente por la mañana y por la noche, pero yo ya no siento casi nada y

eso también me preocupa. Pero según como ella misma se decía para sí, como mi Lolo siga haciéndome el amor con el entusiasmo de siempre, no hay peligro que me vaya a dejar por otra, porque de ocurrir aquello ¿Cómo terminaría de criar a mis diez hijos yo sola...?

Así fue como, rodeada de sus diez hijos y antes de cumplir los treinta y siete años, un día dejó para siempre a su querido Lolo, para irse a descansar a la diestra del Padre Eterno de Sorochuco, del que era su más fiel devota, a pesar de no ser de ese lugar sino de Huacapampa. Las pérdidas de sangre por las hemorragias que había padecido por casi dos años a causa de la mola, la habían vuelto anémica, o eso creyó ella, pero cuando le hicieron un análisis de hemoglobina, confirmaron que lo que tenía era realmente leucemia. Sin embargo, lo que más le alarmó fue que le dijeran que esa enfermedad la llevaría al otro lado sin vainas, ni trámites, ni tantos preparativos.

Por eso, advertida de lo que le ocurriría a corto plazo, apenas con treinta y siete años de edad, antes de perder el ritmo de la vida, llamó de urgencia a su hermana mayor Teodelinda, que le llevaba a ella apenas dos años y a la que, según decía la gente y la familia, *“saló para siempre”*, por haberse casado ella primero siendo segunda hija, la misma que por esa razón, a sus treinta y nueve años y a esa altura de su vida, era ya una solterona convicta y confesa, plenamente convencida de que el resto de su vida

se dedicaría a vestir los pocos santos que la Iglesia de Huacapampa tenía en sus altares, seguramente que a las quitadas con beatas más viejas y más resabidas que ella en esos menesteres.

Por eso, a sabiendas de la seriedad y lo espinoso del tema, Fina le habló a su hermana Teodelinda claro y sencillo de este modo:

— Mira hermanita, siento que ya me estoy yendo p'al otro lado, pero con esta preocupación no podré hacerlo en paz. Voy a dejar diez hijos, pero ellos no me preocupan. El que me preocupa y no me deja morir tranquila es mi Lolo. El zarco condenado de mi marido es muy amoroso. Me ha hecho el amor todo este tiempo sin descansar y religiosamente, a la hora de acostarse y a la hora de levantarse. No creo que pueda aguantar quedarse sólo. Así que te suplico con el corazón en la mano y a calzón quitado, que tú te hagas cargo de él...

— ¡Ay Dios mío! Qué pué no tienes juicio mujer en pedirme justamente eso. Lo que comenzaría a hablar la gente. ¡No, por Dios! No me pidas eso hermanita...

— Mira Teo, quien mejor que tú para cuidar de mis hijos, que también eres de su misma sangre. Son tus sobrinos hermanita, y yo misma soy testigo de que los quieres como si fueran tus propios hijos y no como decía

alguna gente envidiosa que los quieres porque eres una solterona. El Lolo, va a aceptar también este deseo mío, que es de una moribunda a la que ya no se le puede negar nada. Yo le voy a hablar en este lecho de muerte. Y va a tener que aceptar mi propuesta. No creo que con sufrimiento, porque le he pescado varias veces mirándote las caderas con unos ojitos...

— Qué cosas dices hermana. Creo que la enfermedad te hace desvariar de ese modo o de repente es la fiebre. Fíjate que pedirme tu misma esto que parece una locura. Claro, si esto quedara bajo estas cuatro paredes, que pase ya pué; pero, conociendo a los hucapampinos...

— Lo he pensado muy bien hermanita. Mejor que todo quede en familia en lugar de que cualquier perra en celo de la calle se lo lleve y se desatienda de mis hijos. Además, aunque fuera una buena persona, eso no le libra de convertirse en la madrastra de mis hijitos. En cambio contigo que eres de su misma sangre, la cosa cambiaría, tú eres su tía carnal... su tía madre, o mejor dicho tanto como su propia madre.

— Ay pué hermana, la verdad ya no sé qué decirte. En realidad, analizando serenamente la cosa, me parece que tienes algo de razón. Pero... ¿y lo que se pondría a hablar la gente? Y la familia, ni qué decir... ¡Dios me libre hermanita de semejante trance!

— Mira Teo, de la gente no vives. Además, tú más que nadie, tienes que obrar de forma práctica y sin complicarte la vida con lo que otros piensen... o digan, que lo hacen de envidia. Si no aprovechas esta oportunidad, te vas quedar sola el resto de tu vida. En cambio con mi Lolo, puedes hacer todavía tu propia familia. Con suerte podrían tener todavía uno o dos hijitos más, y como todos serán de la misma sangre, se van a querer como hermanitos que son.

— Como serás hermana. Todo ya lo tienes bien calculado. Qué barbaridad...

— Hermana, yo ya soy de muerte. Y como dice mi Lolo, que la carne, o mejor dicho en este caso, que “su choricito” preferible mil veces que se lo coma alguien de mi familia y quien mejor que tú, que eres mi hermana... Y no se hable más de este asunto. Si me quieres, tienes que aceptar mi propuesta.

— Así ya pué tendrá que ser hermanita... pero de sólo pensar lo que va a decir la gente, todo el cuerpo se me pone cómo carne de gallina —le contestó la Teo sin mayor convicción, como quien acepta las cosas que ya no tienen remedio y se las acepta porque ya no hay otra cosa que hacer—.

— Claro pues Teo. Así va a tener que ser, porque yo quiero que así sea. Y sanseacabó... ¡Ahora sí, ya me puedo morir tranquila!...

Y se fue de este mundo con su cara maltrecha y demacrada por la penosa enfermedad que le aquejó, pero irradiando una felicidad que ninguna de las personas que la vieron, pudieron explicarse a qué se debía. Los funerales se llevaron a cabo como es la costumbre en Huacapampa. Había que velarla dos noches enteritas, y durante el velorio había que convidar a los acompañantes varias veces café de olla con pan que tuvieron que amasar y ahornar, lo mismo que hubo que sacrificar dos carneros huachos para darles de comer durante dos días, en estofado con arroz y ajiaco de papa amarilla. La Teo cumplió todas esas faenas con un estoicismo digno del mayor respeto, con la ayuda de todos sus sobrinos grandecitos, porque los más pequeños seguramente pensando en que estaban de fiesta se dedicaron a corretear por la casa de arriba para abajo hasta caer rendidos por el sueño.

Al tercer día se llevó a cabo el entierro a eso de las once de la mañana en el cementerio del pueblo. Pero de regreso a la casa, hubo que atender todavía con almuerzo a la mayoría de los asistentes. Bien almorzados, muchas de esas personas se despidieron no sin antes reiterar con

incansables palmadas en la espalda, su pesar por la muerte de su esposa al viudo, quien las aceptaba con resignación y mucha pesadumbre.

Hasta que finalmente todos se fueron quedándose en la casa sólo la familia directa de la occisa: su Lolo, sus diez hijos y su hermana Teo. Nadie más.

Uno a uno, rendidos por el cansancio producido por tan agotadora jornada, y dejando para el día siguiente algunas tareas pendientes de la casa, los siete más grandes de los hijos de la finadita se retiraron discretamente a sus dormitorios. Su hija mayor también se retiró, acompañada de su flamante esposo, a la casa donde vivía desde hace algunos meses. En la sala de la casa, todavía con la capilla ardiente iluminada, se quedaron solos, el Lolo y su cuñada Teo.

Ella incansable tratando de hacer algo más de las cosas que quedarían pendientes para el día siguiente, y él, buscándola afanoso y en silencio, con la mirada pendiente de cada uno de sus movimientos, para decirle con los ojos y las cejas, que ya era hora de retirarse a dormir... ¡juntos!, al dormitorio que hasta hace poco había compartido con su hermana. Ella en tanto estaba muy nerviosa sin saber qué hacer ni qué rumbo dar a sus siguientes pasos.

Hasta que finalmente Lolo rompió ese interminable silencio para decirle:

— Bueno pues Teo. Es hora de cumplir el último deseo de tu hermana. Ella me ha dicho antes de morir, que tú le habías aceptado el trato que te hizo. Así que, no hay más vueltas que darle a este asunto. Vamos a la cama...

—Ay Lolo, no digas barbaridades. Me imagino que mi hermana Josefina te ha de haber dicho lo que conversamos a este respecto. ¿Pero, cómo es posible que quieras hacer efectivo ese trato, la noche misma del entierro de mi hermana, cuando su cama todavía está caliente?

—Tratos son tratos Teo. Y yo exijo que lo cumplas desde ahorita mismo.

—Imposible Lolo. Eso es imposible. Los muchachos se darían cuenta.

—Todo es posible. A estas horas los muchachos ya estarán durmiendo como piedras, y tú y yo, muy bien que necesitamos descansar ya un poco de este tremendo trajín que han sido estos tres días.

—Bueno pues... si es sólo para descansar, vamos pues...

Y se acostaron los dos en la cama que había sido de su hermana. Él como si fuera la cosa más natural del mundo. Ella, haciendo las cosas con el recato característico en las mujeres, cuando es la primera vez que van a acostarse con un hombre. Hasta que el Lolo apagó la luz...

— ¡Quieto Lolo! ¡Te digo que estés quieto! —le decía la Teo con voz afónica, ayudándose con sus manos para protegerse de los embates de su cuñado. Él no le decía nada. Sólo continuaba tratando de que la mujer que tenía a su lado, le consintiera un poco acercar su cuerpo al de ella. Según su experiencia, allí radicaba el secreto. Al sentir su cuerpo junto al de ella y en una cama, ya no habría más resistencia... Hasta que después de incontables ademanes de defensa, ella se quedó sin fuerzas para seguir negándose a lo que su cuerpo también le estaba pidiendo... y ocurrió lo que tenía que ocurrir—.

Al día siguiente, la Teo se levantó muy temprano a preparar el desayuno para sus siete sobrinos que tendrían que ir al Colegio y a la Escuela, y para su cuñado Lolo que ya tendría que ir a trabajar a la chacra. Todo ocurrió del modo más natural que se podría imaginar. Hasta que los más pequeños regresaron de la Escuela preocupados por lo que allí les dijeron algunos de sus compañeros. Pero se quedaron callados y sin hacer ningún comentario hasta verificar por sí mismos lo que la gente estaba hablando.

Y lo verificaron. Era cierto que su tía Teodelinda estaba durmiendo con su padre, en la misma cama que había sido la de su madre. Sin poder aguantar un minuto más, uno de ellos habló con su padre, pero éste le dijo con mucha naturalidad que eso era algo que su Josefina le había hecho prometer antes de morir. Y allí quedó la cosa, pero en la escuela y en las calles seguían las habladurías y los comentarios mordaces...

La Teo, obviamente, era la más afectada y a la que más preocupaban los comentarios que hacían algunas mujeres cuando ella pasaba por su lado, porque no lo hacían a media voz, cómo suelen decirse los chismes, sino que hablaban lo suficientemente alto para que las oyera, ante lo cual, ella bajaba la cabeza con humildad y seguía caminando haciéndose la que no comprende que se están refiriendo precisamente a ella. Varias veces este asunto lo había tratado con su cuñado y nuevo marido, pero él siempre había sido cortante en sus respuestas y le decía simplemente:

— Teo, nosotros no vivimos de lo que diga la gente. No les hagas caso. Lo que les mata es la envidia —y allí terminaba todo y el asunto quedaba cerrado—.

Pero no era así de sencillo. En pueblo chico, infierno grande. Y en lo que a meterse en la vida de la gente, a

Huacapampa nadie le ganaba. Porque ya no eran sólo las mujeres las que hacían los comentarios sino también los hombres. Así estando las cosas, un día de esos, llamaron al Juvenal, el único yerno que el Lolo tenía hasta ese momento y le hablaron de este modo:

— Oye Juvenal. Tú eres el más indicado para tratar este asunto que ahora está en boca de toda la gente aquí en el pueblo. Tienes que decirle a tu suegro, porque eres la única persona a quien escuchará sin ofuscarse, que lo que está haciendo no está bien. Eso de estar conviviendo con su cuñada y de haberlo hecho desde la misma noche en que fue enterrada tu suegra, no lo ve bien nadie aquí en el pueblo. Si hubiera tenido la decencia de esperar un añito guardando luto, cuando menos, sería comprensible, pero eso de hacerlo en la cama caliente todavía de tu suegra, no está bueno. Así que habla con él, hazle entender de alguna forma, que pare lo que está haciendo y, que pasado un año, se case con tu tía. O sea que haga las cosas como deben ser...

Bien mandado, el Juvenal encontró un momento propicio y habló todo lo que le habían encargado con su suegro, pero la respuesta de éste lo dejó pasmado:

— Está bien Juve. Se hará cómo tú dices; pero, entonces vos pué tendrás que darme el culo cada noche en lugar de tu tía Teo...

*******EL BUENO Y EL MALO**

Como era ya una costumbre casi institucionalizada entre los miembros de la promoción mil novecientos sesenta y uno, del antiguo colegio “San Ramón” de Cajamarca, uno de sus integrantes (el “mischo” Cabrera) invitó un día, que para variar era sábado de gloria, a todos los que quisieran ir hasta Namora, a un almuerzo a llevarse a cabo en la casa del último de los hijos de don Ítalo Briones, maestro de ilustre y de reconocida trayectoria docente y humana en ese lugar. Para motivar a sus compañeros simplemente les dijo:

— Bueno muchachos —lo de “muchachos” era a todas luces una broma, porque la promoción había celebrado ya sus “Bodas de Oro”, en calidad de egresados del Colegio “San Ramón” el año anterior— ¡este pechito quiere tenerlos a todos ustedes el sábado siete de abril allá en mi tierra! Ofrezco para el almuerzo un poderoso caldo de gallina soltera como primer plato, y un inigualable cuy ruco schactado y namorino por añadidura como segundo, asentado con todas las chelas negras o rubias que ustedes sean capaces de chupar.

No hay necesidad de decir que fue largamente ovacionado, por ese generoso y desprendido ofrecimiento en aquel momento, pero al ágape asistimos sólo cerca de veinticinco sanramoninos, de los más de setenta que

acostumbramos reunirnos por costumbre. En total el grupo que llegó hasta Namora —no se sabe cuántos se quedarían por el camino— no pasó de treinta y cinco, y eso también debido a que cerca más de media docena de esos “bravos muchachos viriles y pujantes” integrantes de la promoción 61, llegaron acompañados de sus medias naranjas para que los *ramben* y no vayan a resultar cayéndose por allí patas arriba.

Algunos fueron hasta Namora en alguna de las *combis* de servicio público que para el caso existen entre Cajamarca y dicho pueblo. Otros en su propia movilidad llevando, de pasadita, a los compañeros que encontraron en el punto de reunión acordado. Cuando la comitiva puso pie en tierras namorinas, el día estaba rebozando de un clima templado muy agradable que presumía en cada instante, de estar iluminado con una brillante y esplendorosa luz solar que lo invadía todo —hasta el corazón—, en tanto el cielo se ufanaba de hallarse vestido de pies a cabeza, con el color azul añil característico del firmamento de cualquier recodo de la Sierra, por más escondido que éste se encuentre, ya sea por intrincados relieves y desafiantes promontorios de roca viva, o por profundas oquedades por las cuales resulta como en un acto de magia, discurriendo cantarino y rumoroso un arroyuelo de espumas de plata.

Con suerte no llovió en ningún momento de ese día, como suele ocurrir por costumbre en el mes de abril que, en el buen decir de los cajachos, es de lluvias mil. Más bien hacía un poco de calor, aunque la brisa que discurría por entre los eucaliptos y capulíes del lugar fuera tan fresca como la que puede respirarse durante las primaveras andinas que por cada mes de mayo aparecen.

Una vez que esa sarta de viejecitos inconscientes de que tienen ya más de setenta años, se apearon de los vehículos en la placita de Namora, que no es cuadrada como la de otros pueblos pero que no deja de tener su glorieta para cuando haya retreta, nuestro anfitrión con “maullidos” cariñosos nos invitó a dar una caminata por los “suburbios” del lugar —lo cual todos aceptamos gustosos— mientras se terminaba de cocinar la gallina que para que dé buen caldo, dizqué fue medio vieja.

Y es que nadie que se quisiera sólo un poco, hubiera sido capaz de desperdiciar la oportunidad de estirar los tendones, que a más de uno se le estaban llenando de espolones, o de hacer un poco de ejercicio para desentumecer las rodillas a fin de poder cumplir con las indicaciones de la enfermera del seguro social que sin cesar, suele recomendar a estos “viejitos” que caminen siquiera una hora diaria.

Cumpliendo el deseo de nuestro anfitrión y, sobre todo, debido a que el almuerzo estaría listo recién todavía dentro de un par de horas, arrejuntados en una mancha informal visitamos, además de la hermosa campiña de los alrededores, el criadero de truchas que se halla ubicado a orillas del río Cajamarquino y que por allí es simplemente el río Namora.

Luego fuimos a visitar un “albergue” para niños desposeídos que se construyera hace ya cerca de quince años, —cuando don “misho” Cabrera fuera Alcalde de ese municipio— con la ayuda de la Embajada Española en el Perú. Lo triste de ello fue que encontramos que el tal “albergue” todavía no albergaba a nadie más que a un par de guardianes que, tesoneramente, se encargaban de limpiar los telares de las arañas que querían ir a residir en ese hermoso lugar, así como de mantener los jardines como Dios manda, es decir, muy bien cuidados, con gras americano bien recortado y plantas decorativas y flores regadas y coloridas mostrando gratis toda su hermosura.

Todo el mundo lamentó el hecho de que se hubiera invertido en las diferentes edificaciones que componían el albergue, más de dos millones de dólares donados íntegramente por el gobierno de España y, que hasta la fecha, después de transcurridos cerca de quince años, todo lo construido, todo lo conseguido y todo lo gastado... ¡No tuviera ningún uso! Y es que según la politiquera

costumbre de nuestro país, el alcalde nuevo no continúa jamás las obras que por alguna razón haya dejado a medio acabar el alcalde anterior y eso es más notorio en los pueblos pequeños, como era el caso de Namora.

Camino al albergue, que hay que hacerlo por una senda afirmada con ripio para que pueda ser carrozable, Otón García le dijo a Alfredo Izaguirre:

— Oiga “promo”, me he leído todos los libros de cuentos que tan gentilmente nos has obsequiado, pero sin duda te falta escribir este que ahora mismo pienso contarte.

— Eso sí que está bueno mi querido Otón, porque la satisfacción más grande que puede llegar a tener un escritor es saber que ha sido leído y, si es por un amigo, mucho mejor. A ver entonces, ¿cuál es el cuento ese que dices que me falta escribir? —Le respondió Izaguirre, un poco intrigado por saber de qué se trataba el tal “cuento”—.

— Pues verás... —y comenzó a relatarle el cuento de marras—: Fíjate que en este pueblito de Namora la gente era y lo es hasta ahora, adicta a las peleas de gallos, tanto como de las corridas de toros. El alcalde del pueblo conocedor de este detalle, —no el misho Cabrera, por si acaso— lo primero que hizo fue mandar construir un coliseo de gallos, con todas sus cosas de ley. El coliseo

fue una hermosa construcción, toda de material noble y con todas las guaraguas y las comodidades habidas y por haber. Hasta acá venían los criadores de gallos de Chucsen, Matara, Río Seco, Condormarca San Marcos, Ichocán, la Grama y hasta de Cabracabra, Polloquito y la Encañada, a probar qué tan buena era la sangre de sus plumíferos, puesto que, cada quien sabía muy bien acerca de la estirpe, el origen y la genealogía de cada uno de sus consentidos animalejos.

Faltando ya cerca de veinticinco días para el treinta de agosto, fecha en la que se celebra en Namora la fiesta de “Santa Rosa de Lima” —patrona del pueblo— y en la que por ese motivo se dan un montón de actividades festivas como: el juego de un pollón de cincuenta mil soles en el coliseo de gallos y más de tres días de corridas de toros “bravos de verdad”, además de bailes de toda laya como los denominados “sociales y populares” o como los bailes familiares de aquí y allá por matrimonios, bautizos, onomásticos o porque sólo, dos o más namorinos quieren hacerse dizqué compadres, llegó al pueblo procedente de Lima, en un carro linchito de la empresa “Atahualpa” que por ese tiempo estaba buenaza, Eusebio Agliberto Cabrera Portal —tío carnal de nuestro “misho” Cabrera— ni más ni menos como un equeco cargado de dólares purito de a 100, que quería gastar a como diera lugar, porque después

de la fiesta se regresaría a New York en donde laboralmente le iba muy bien.

Como se enteró que en el coliseo de gallos podía gastar su plata y presumir que había traído suficientemente harto como para perderla sin siquiera pestañear, hacia allí enrumbó sus pasos. De peleas de gallos no sabía gran cosa, mucho menos de la alzada de los animales ni de su agilidad, peso o efectividad con las navajas. Lo que él sabía, casi a lo gringo, era que allí podría en lo que demora un par de revuelos, gastar gran parte del dinero que había traído con ese fin y que allí en su tierra le resultaba casi imposible porque todo le invitaban. Así que ni bien llegó al coliseo de gallos apostó mil dólares de un solo golpe, al gallo color jergón que le pareció de mejor estampa que el amarillo azulino con quien tenía que pelear y que, según él pudo observar directamente, parecía chusco y desgarrado.

El gallo de la buena estampa que eligió, perdió la vida al quinto revuelo no más, como consecuencia de las dos estocadas que le propinó el “desgarrado” como quien no quiere la cosa. Una que le encajó en el pecho fue casi definitiva y la otra, de remate, que le aventó a la volada más arribita de la rabadilla, cuando ya se estaba cayendo para enterrar el pico, terminó por convertirlo en “gallina”, porque de todas maneras acabaría sus días en una gran olla de “caldo de gallina” ya que cuando ocurre tal cosa jamás se dice “caldo de gallo”. Como esa clase de peleas

con finales rápidos causan más asombro que emociones sostenidas en los observadores, el aplauso del honorable fue medio desgano. El único que fue rápido para pagar lo que había perdido, fue Eusebio Agliberto Cabrera.

Cuando ya había perdido seguido unas cuatro veces, uno de los asistentes, de buena fe más que de otra cosa, le dijo que sería bueno que se asesorara con un buen gallero para que no siga tirando de ese modo su platita. Como después de tantas desacomodadas de la gente al término de cada pelea el propietario del “desgarbado” resultó a su lado, Agliberto no creyó nada mejor que convertirlo justo a él en su asesor, así que, con la sinceridad que le caracterizaba, le preguntó a éste: “señor, señor, como ya he perdido cuatro veces seguidas y como quisiera yo también alegrarme, como he visto que lo hacen todos ustedes, ganando siquiera una peleíta, le suplico que me señale cuál de los dos gallos que ahorita van a pelear es “el bueno” y cuál es “el malo”. Ni corto, ni perezoso, el dueño del “desgarbado” señaló a uno de los gallos que en ese momento los jueces estaban pesando, como “al bueno” y al otro que esperaba su turno para lo mismo como al “malo”.

La pelea esta vez duró un poco más de quince minutos pero, a todas luces, ya se veía venir que “el bueno” iba a perder irremediamente. El “malo” después de casi enterrar el pico en más de una oportunidad, se repuso tan

pronto su preparador físico, en uno de los descansos obligados entre round y round, le roció aguardiente debajo de las alas, haciendo de su boca un fumigador natural especial. Cuando de nuevo lo pusieron frente a su rival, parecía que hubiera tomado algún energizante poderoso, porque de manera increíble comenzó a amagar con propinarle a su rival unas patadas voladoras a su cabeza, para luego encajarle en el bajo vientre infinidad de estocadas mortales con las dos navajas largas adosadas a sus patas. El “bueno” no pudo sostenerse en pié por más tiempo y, con varios chorros de sangre brotando a borbotones de sus heridas del bajo vientre, enterró el pico en la arena casi sin pena ni gloria, pero sí con esa gran dosis de aquel estoicismo espartano tan célebre que hiciera tan famoso a su Rey Leónidas.

Todos vitorearon el desenlace, incluso los perdedores, porque la pelea estuvo como manda la ley, sólo Eusebio Agliberto Cabrera alcanzó los cuatro mil dólares de su apuesta perdida al ganador de ella, en silencio y sin la rapidez de otras veces. Acababa de hacer lo que hizo, pensando recuperar la plata que había dilapidado, porque así le dijeron que ocurría en esta clase de juegos de azar — se pierde y se recupera en menos que canta un gallo— pero; sobre todo, hizo esto último en la creencia de que el “bueno” iba a ser el que ganaría la palea de acuerdo a su consulta al propietario del “desgarbado”, que aunque

parco y callado, parecía ser el que sabía más que los demás sobre peleas de gallos, apostando sin asco todo lo que le quedaba a ganador.

Grande fue su sorpresa cuando se acercó a éste y le dijo que había apostado sus últimos cuatro mil dólares al “bueno”, con la seguridad de que ese gallo por ser “bueno” iba a ganar la pelea. Cuando recibió como respuesta de aquel campesino de Cabracabra que el “bueno” por ser bueno no iba a ganar nunca la pelea, a diferencia del “malo” que por ser malo, haría todo lo posible por matar a su contrincante, el pobre de Agliberto ya no supo qué hacer ni cómo pensar. De tanto vivir en gringolandia había perdido por completo la facultad de comprender lo que hay entre líneas en los modos de hablar del Perú profundo.

¿“Bueno” o “malo”... ahora qué más da? Se dijo Eusebio Agliberto Cabrera para sus adentros. Para volver a Estados Unidos tendría que prestar dinero a su familia y, allá, tendría otra vez que trabajar más que un burro en lo que los gringos no quieren chambear, para ahorrar centavo a centavo otra vez un poco de platita. Pero para aquella vez, dejándose de tanta cojudez, sin falta se conseguiría su mujercita para llevarla a Nueva York, en lugar de irse de mentecato a jugar su plata en peleas de gallos, qué carajo...

SICARIO DE NACIMIENTO

*Es aterrador matar a un prójimo, primo;
pero... más aterrador es que te maten a vos
—me dijo muy suelto de huesos aquel sicario—.*

Cuando alguna vez le comenté en confianza a un pariente lejano, que me contaron que había sido sicario, pero que ahora estaba retirado del oficio, —porque ellos también, como cualquier persona se jubilan, si es que no mueren antes—, que eso de matar a alguien, aunque sea en defensa propia y mucho más, si era por dinero, tendría que ser una experiencia terrible y hasta inhumana para la persona que lo llega a cometer, recibí de él esta respuesta:

— Es aterrador matar a un prójimo, primo; pero... más aterrador es que te maten a vos —me dijo muy suelto de huesos aquel sicario—.

Juan Celso Zamora Horna, desde que tuvo uso de razón, recuerda como algo que le dejó marcado para toda su vida, el hecho de que su madre —porque a ella hacer aquello le producía un terror inenarrable— le ordenara cada vez que había que preparar un almuerzo a base de carne de gallina, de pavo, de pato, de cuyes o de conejos, degollar a estos animalitos con un cuchillo de cocina, que previamente tenía que afilar en una piedra destinada para ese único propósito en su casa, que por estar en el campo era espaciosa y tenía cosas como aquella.

Los animales que Juan Celso mataba sin ser matarife como una costumbre cotidiana, o bien se criaban en el corral de su casa, se compraban de alguna vecina o bien se adquirían en la plaza pecuaria de los domingos en Calconga. Cuando llegó a alcanzar cierta práctica en la matanza, no sólo eran animales menores los que degolló sino que también hizo lo propio con huachos, con *huishas*, con chanchos, con chivos y hasta con reses pequeñas. No sólo ejercía esta función para su casa, sino que los vecinos igualmente le solicitaban estos servicios, en cuyo caso recibía una paga, no en dinero sino en especies que, por lo general, consistía en una buena troncha de pulpa o en un buen trozo de *huashatullo*, que él recibía resignadamente como algo natural e inherente a la función que cumplía, luego de lo cual, religiosamente, todo lo que ganaba de ese modo le entregaba a su madre para que ella, a su antojo,

disponga de la carne que él ganaba para la comida de toda la familia.

Desempeñándose de ese modo en esta sangrienta tarea, llegó a terminar su primaria y luego su secundaria. Sin embargo, como jamás llegó a ser un alumno aprovechado, sus padres consideraron que no valía ya la pena seguir gastando dinero en su educación. Su padre concretamente pensaba que aquél muchachito “*era un chancho que no daría manteca en los estudios*” y que lo mejor sería que continuara ejerciera el oficio en el que era hábil y certero: el de matarife. Sin embargo, para él eso fue una especie de ofensa sin nombre, ya que todos sus hermanos menores se encontraban estudiando alguna profesión, sea en Celendín, en Cajamarca y hasta en Lima.

Bastante resentido con sus padres por aquel trato que recibió, según él, sin merecerlo, decidió emigrar a Lima y, desde el momento mismo que tomó esa decisión, en lugar de recibir calladamente su paga en especies como era hasta ese momento la costumbre, les reclamó que le pagaran en dinero efectivo por cada matanza que hacía, lo cual, no sin cierta sorpresa le aceptaron los contratantes de sus servicios. Así estuvo un buen tiempo trabajando, pero lo que a él le pareció algo raro fue que ni su madre ni nadie de su familia le reclamaron por aquel cambio, hasta que llegó a juntar lo que necesitaba para sus pasajes y otros

gastos menudos y... no paró hasta llegar a la capital de la república.

Viajar hasta Lima en el tiempo en que Juan Celso lo hizo ya era relativamente fácil, a diferencia de antaño, en que había que viajar a caballo hasta Chilete en dos días bien jalados, de allí a Pacasmayo en tren y desde ese puerto, hasta Lima en barco. Pero esta vez, cuando Juan Celso hizo esta larga travesía, de Huacapampa a Cajamarca viajó cómodamente en el “Expreso Celendín” de los hermanos Manuel “Chospe” y Juan “Parrancha” Díaz. De allí empalmó en el servicio nocturno de la Empresa “A. y S. Díaz y Cía.” hasta Trujillo y de allí, de día, en el “Expreso Moderno” hasta Lima. Todo el viaje interconectado y con transbordos al parecer bien planificados.

Casi al anochecer llegó a Lima, después de un viaje que le pareció algo cansador por el paisaje monótono de dunas y arenas de la costa. De inmediato, en taxi fue a la casa de una tía, hermana de su madre, para pedir posada *“por unos diitas” no más y sólo hasta que consiga trabajo*”, pero pasaron tres meses y no logró la ansiada chamba. Se le acabaron por completo los sencillos que había traído de su tierra y se encontraba en una situación bastante calamitosa. Su tía le brindaba los alimentos todavía de buena gana, pero sus primos hermanos comenzaron a mirarle como diciéndole *“hasta cuando ya pue primito piensas vivir a costillas de nosotros”*.

Hasta que uno de esos días llegó de Tocache su tío Remberto Horna Chávez, hermano mayor de su madre a quien conoció recién ese día cuando se lo presentaron, pero que sabía de su existencia desde Huacapampa, porque su madre se refería a él como a alguien que se había hecho rico como comerciante allá en la selva. Con él muy rápidamente hizo muy buenas migas y éste, para que le ayude a cuidar la mercadería que llevaría de regreso, no dudó en pagarle sus pasajes y sus gastos de comida del camino desde Lima hasta Tocache.

La selva le pareció a Juan Celso algo tan fascinante que creyó que era el paraíso. En la casa de su tío Remberto abundaba el pescado y la carne de monte, que a veces venía la gente del lugar a venderle hasta su tienda o a cambiarle por abarrotes o telas. Además, su nueva familia aquella disponía de extensos terrenos a orillas del río, donde cultivaban frijoles, maíz, yuca, plátano, café y cacao, junto con algunas hortalizas y legumbres indispensables. En esas chacras solían dedicarse igualmente con éxito, a la crianza de ganado vacuno tipo cebú y sobre todo al engorde de chanchos, que crecían casi de su cuenta, pero que había que matar de vez en cuando para aprovisionarse de manteca y cecinas. Tan pronto se le presentó la oportunidad, Juan Celso les dio a conocer que era un experto matarife de cerdos. Esta nueva habilidad suya muy pronto fue requerida por la

gente del lugar y de ese modo se hacía de algún dinero, aunque no lo suficiente ni en la cantidad que él lo deseaba, para poder hacerse de familia propia, por ejemplo, comprobando con cierta tristeza una vez más, que la situación que tuvo al lado de su madre no había cambiado.

No es que ahora viviera mal o en la miseria. Por lo que pudo verificar por sí mismo, allí en esa casa nunca faltaba nada y todo había de sobra. El desayuno era un verdadero almuerzo, porque si bien no había pan, había de sobra yuca sancochada, *inguiris* y algún guiso de carne o de pescado fresco de río. Se percató también que en lugar de aceite allí utilizaban sólo manteca de chanco para hacer las comidas, y que a partir del almuerzo, el arroz y los frejoles eran infaltables en la dieta; pero, los plátanos y las yucas había que ir a traerlos semanalmente en dos caballos desde la chacra y, algunas veces, había que ir a *espintar* por las noches con anzuelos o ir por las madrugadas a *tarrafeear*, para proveerse de pescado fresco.

A la llegada de Juan Celso a Tocache esas tareas le fueron encargadas por su tía Antonina, esposa de su tío Remberto, como algo natural que se encarga a un miembro más de la familia; pero, sin hablar para nada, ni siquiera en broma, de algo que se parezca a una remuneración o pago por tales trabajos y servicios. Y Juan Celso como es obvio, además de la alimentación y el

cobijo que allí recibía, tenía sus propias y personales necesidades. Algunas veces que su tío Remberto le encargaba la tienda para ir mañosear por allí con una de sus queridas, Juan Celso cajoneaba un poco y se hacía de algún sencillo, con lo cual, después de cerrar la tienda, se iba a veces a la cantina del pueblo a libar algunos tragos.

Fue en una de esas reuniones de tragos y copetines, que una persona con la que casi siempre se encontraba en la cantina, le propuso por primera vez un trabajito especial:

— Mira cumpita Juan; y, no se me vaya a encabritar, porque lo que le voy a preguntar es pensando en su bien. ¿Se puede saber cuánto le paga a usted mensualmente su tío Rembe, por todos los trabajos que usted hace para él?

— Bueno... —tomado de sorpresa, al comienzo no tuvo que decir, pero luego se repuso y contestó con la verdad— francamente no me paga nada, sólo me brinda y con mucho cariño, la tragana y un cuartito con una cama para el duerme...

— Uyuyuyyy carajo... ¿y cómo le hace usted pué cumpita para mandar su parche de chelitas, cuando a veces nos juntamos acá para libarnos unas copitas o para pagar a alguna de las hembritas del prosti? —le retrucó sin asco su ocasional amigo—.

— De eso cuando me encuentro con vos ya no me preocupó —contestó Juan Celso un tanto divertido por la situación— porque usted compadrito se adueña de la cuenta y la paga solito, y como que yo le veo que saca del bolsico unos tremendos bodoques de billetes para pagar, me hago el loco, o resulta también que usted cumpita, simplemente no me deja pagar nada.

— Pero al comienzo, cuando recién nos conocimos, yo soy testigo de que se manda sus chelas heladitas de a parcito en parcito, pero se mandaba.

— Bueno pues compadrito Shefe —así se hacía llamar el amigo éste—, no soy manco ni cojo. Cuando mi tío Rembe me deja la tienda para irse a la maña con una de sus queridas, cajoneo alguito; pero, yo cobro por matar animales. Mi oficio es ser matarife, compadre...

— ¿Y qué pué no tiene usted pena ni remordimientos por matar a esos pobres animalitos cumpita?

— Bueno, nunca se me ha dado por pensar en eso. Los mato... y eso es todo —le contestó como algo que se dice porque se cree que así de sencilla es la cosa y nada más, luego aclaró—. Desde que era niño he hecho esa tarea, porque a mi madre en la sierra donde vivíamos, le daba terror matar a cualquier animalito.

— Según lo que usted mismo me está diciendo cumpita, usted está como pintado para ayudarme a hacer un trabajito la próxima semana. La paga es buenaza y en dólares, por siaca se me quiera hacer el *orgoshto*.

— ¿Y de qué se trata el “trabajito” compadrito Shefe?

— Bueno, nada del otro mundo, pero hay que tener hígado para hacerlo. Se trata de mandar al otro mundo a cierta personita. Nada más que eso...

— No compadrito, discúlpeme, pero creo que me ha confundido. Yo no hago esa clase de trabajitos. Y si bien necesito la lana, no puedo hacerle esa chambita. Franco...

— Bueno cumpita, yo no le dije nada y usted no sabe nada. Hemos hablado de cualquier cosa menos de eso...

— Claro compadre Shefe. Yo para esas cosas soy más que una tumba.

— Más te vale.

Y ya no quisieron seguir tomando nada más y se fueron de la cantina caminando con dirección cada uno a la casa donde dormían. Pero dicen que la curiosidad mató al gato. Juan Celso sacó de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos

Ducal y le ofreció uno a su amigo ocasional que, de aceptarle el “trabajito” dejaría de serlo como por arte de magia. Él aceptó el ofrecimiento y, también que le prendiera el tabaco. Luego Juan Celso prendió el suyo y siguieron caminando como si nada. Pero, en eso...

— Son cinco mil verdes por el trabajito cumpita, ¿Por qué no lo piensa un poquito?

— Yo no tengo un arma como para hacer eso. Lo que tengo son cuchillos de matarife.

— Con eso bastará, que carajo y hasta cae como anillo al dedo. Además, el trabajo lo haría usted de noche tan silenciosamente con el cuchillo que en la casa donde tiene que hacerlo nadie se daría cuenta.

— Pero, y... ¿a quién tengo que matar?

— Usted no tiene que saber nada sobre eso. Mientras menos sepas del asunto, es mejor para usted. Pero sí le tengo que entregar una fotografía de ella y darle la dirección de la casa donde ella vive, así como la posición exacta de la habitación donde ella duerme, pero todo a su tiempo, todavía sigue usted haciéndose el *orgoshto*.

— Entonces... ¿se trata de una mujer?

— Ya le he dicho cumpita. Mientras menos sepa usted de este asunto, mejor para usted.

— Bueno pué así que sea... y ojalá que no me maten o que después del hecho resulte preso.

— No le pasara nada compadrito. Ya lo verá.

Dos días después, Juan Celso recibió de su amigo de tragos de la cantina al que conocía sólo como Shefe, seguramente porque se llamaría Ceferino, una fotografía de una mujer joven de pelo rubio, seguramente teñido, de ojos negros y al parecer de buen cuerpo. Recibió igualmente un plano de la casa donde ella vivía y el cuarto donde dormía. Además, un planito con flechitas “siga” que indicaba por donde tenía que entrar a la casa hasta llegar al objetivo. El trabajo tendría que hacerse a las cinco de la madrugada cuando la víctima estuviera profundamente dormida, después de laborar en el cabaret “La Pucuna” hasta las dos o tres de la mañana. Según le indicó verbalmente, a esa hora la “gringa” estaría durmiendo ya como puguito y el trabajito sería de muy fácil ejecución. Y... *“cinco mil dólares completamente tuyos al bolsillo cumpita”*, le dijo a modo de despedida, agregándole *“dos mil quinientos aborita”* y la otras mitad cuando hayas hecho la chambita. Yo te buscaré para eso... —y se fue para su casa silbando *“a mí me dicen que soy el muñeco de la ciudad”* —.

Juan Celso en cambio llegó hasta su cuarto sin creer todavía que lo que acababa de ocurrir fuera cierto. Pero ahí estaba el bodoque de dos mil quinientos verdes en uno de sus bolsillos para testimoniarle que todo eso sí era verdad. Cuando estuvo en bivirí, se arrepintió del trato que acababa de hacer, pero de inmediato recordó que en ese tipo de tratos, en especial, no había vuelta atrás, porque lo matarían sin más remedio. Sabía de casos concretos donde había ocurrido algo parecido porque su tío Rembe se lo había narrado con lujo de detalles y, por lo tanto no le quedaba otra que seguir para adelante.

Juan Celso durante casi una semana estuvo sesteando a su víctima. Averiguó por cuenta propia y sin preguntar a nadie, hasta la hora en que la grínga meaba, porque eso era vital para él, pues, antes de meterse a la cama, la fulana meaba, se bañaba, tomaba una pastilla de alprazolán y se acostaba. Eso, ocurría antes de las cuatro y media de la mañana, todos los días de lunes a viernes, porque de los sábados y domingos no llegó a saber nada con certeza porque esos días nada era rutinario. Lo que si era cierto era que a las cinco de la madrugada, como le dijo su amigo Shefe, ella estaba ya puguíta...

Juan Celso escogió el día lunes por la noche para hacer el trabajo. Faltando diez minutos para las cinco de la madrugada comenzó a escalar la barda de la casa, llegando

hasta el dormitorio de ella casi a las cinco en punto. Allí estaba plácidamente dormida, volteada sobre su flanco derecho y con el cuello completamente al descubierto. Llegó hasta donde su mano alcanzara con una almohada que encontró tirada por allí para taponarle la boca al tiempo del cuchillazo, y pensando que lo que iba a matar era una oveja, ¡zas! le cortó de un tajo completamente limpio la mismísima yugular.

A la mujer la estuvo apretando la boca con la almohada hasta que su cuerpo dejó de dar saltitos. Cuando todo estuvo en calma, regresó por donde vino, cuando aún todo estaba oscuro todavía...

A la hora del desayuno, la casa del tío Remberto de Juan Celso no era la misma. Los que iban llegando iban trayendo más noticias, cada quien más fresca. Hasta que se completó toda la madeja. La mujer a la que había matado esta noche algún sicario y a la que llamaban la gringa, era una de las queridas, nada menos que de su tío Remberto. Claro, no era sólo de él, porque la gringa era mujer que se iba con el mejor postor cuando tenía la oportunidad. Al viejo Remberto ella lo tenía como algo que se toma cuando ya no hay otra cosa que tomar, pero eso ocurría por lo menos una o dos veces a la quincena. Frente a esta última noticia, la mayoría se alarmó o demostró un terror largo tiempo contenido, a cualquiera lo podía mata ahora

un sicario; algún otro se quedó estupefacto (es de suponer sin más, que se trataba del marinero de la occisa), en tanto que su tía Antonina se quedó muda, como hacía siempre que le contaban las andanzas de su marido, pero esta vez lucía en su rostro bastante maltratado por el tiempo y el clima, un dejito de felicidad, que sólo Juan Celso pudo advertir...

De allí en adelante Juan Celso para su trabajo se hizo de dos armas de fuego: una beretta de 16 balas y una Smith Wesson de 6, pero de mayor calibre y de cañón recortado. Cumplió cerca de treinta “trabajitos”, unas veces allí en Tocache y otras veces en Tingo María, Huánuco o Lima. Siempre conseguidos a través de su amigo Shefe, del que no llegó a saber jamás sus apellidos, sólo que era de Colombia... y que ése por cada trabajito se llevaba la tajada del león.

¡Acacaucito!... mi Marañón”,

del autor

Wilson Izquierdo González,

se terminó de imprimir

en la ciudad de Cajamarca,

Perú, en los talleres gráficos

de la imprenta

.....

en de 2014.

